The book cover features a light blue background with brown cutouts. At the top, there are leaf-like shapes. On the left, a vertical cutout depicts a person in a hooded cloak. In the bottom right, a cutout shows a group of people holding hands in a circle, with a bridge-like structure below them.

Francisco María Núñez

DOS cercas

Editorial Adecas

79.

DOS CERCAS





FRANCISCO MARÍA NÚÑEZ

FRANCISCO MARÍA NÚÑEZ

DOS CERCAS

AUTORES DESAMPARADEÑOS — 2

EDICIÓN HOMENAJE A
LA PATRIA

En el Sesquicentenario de la
Independencia [1821 - 1971]



EDITORIAL ADECAS, DESAMPARADOS, COSTA RICA

C.R.
8646
N 973 d

0

DERECHOS DE AUTOR:

Francisco María Núñez

DERECHOS DE PUBLICACIÓN:

Asociación Desamparadaña de
Cultura y Asistencia Social

Desamparados, Costa Rica

PRIMERA EDICIÓN, 1971

Dirigida por:

Gabriel Ureña



19547.

PORTADA:

Jorge E. Núñez Quesada

Impreso por:

ANTONIO LEHMANN

Librería, Imprenta y Litografía Ltda.

SAN JOSE, COSTA RICA

NOTA EDITORIAL

Con cuánto agrado publicamos este libro del periodista e historiador Francisco María Núñez. *Dos Cercas* es la tercera obra del autor dedicada a narrar la vida y circunstancias de su aldea natal, *Desamparados*, que en los años de la Independencia llevaba el mismo nombre con que se publican estas bellas páginas. Dice don Paco en las líneas iniciales: "Esos tres libros que he dado a la estampa, sólo tienen un mérito: prueban mi acendrado amor al terruño y mi buena memoria. He vivido fuera de la villa antañona durante sesenta años, sin que el recuerdo se opacara ni la simpatía se desvaneciera".

Efectivamente, con mano maestra y gran cariño, el autor describe sus impresiones de niño y de adolescente con tal precisión y emotividad como si las décadas que lo separan de aquellos sucesos no tuvieran importancia. Y eso que nuestro amigo Núñez Monge traspasó las tres cuartas de siglo.

Unas hablan del *Desamparados* del padre Zavaleta, el cura párroco por espacio de media centuria; otras narran los sucesos y costumbres de principios del presente siglo. Todas son testimonios de la Costa Rica que ya desapareció. Es aquí donde esta obra *Dos Cercas* toma dimensión nacional, pues lo narrado con nombres propios de personajes de *Desamparados* puede aplicarse a otros pueblos nacidos alrededor de la ciudad Capital y aún más allá: a la vida y costumbres de Costa Rica dentro del Valle Central.

La vida social, económica y religiosa descrita en estas páginas y las maniobras políticas que aparecen en su obra anterior *Desamparados Tierra Nutricia* (1967), son verdaderos testimo-

nios que pueden ser puntos de referencia para cualquier ensayo sobre el desarrollo sociológico de Costa Rica.

La Editorial ADECAS agrega el segundo título a la colección "Autores Desamparadeños" con esta nueva obra *Dos Cercas*, que tiene sabor a riachuelas con aguas cristalinas, a vida sencilla y holgada con sentido religioso y alegría popular. Podemos afirmar que Francisco María Núñez, además de su valiosa labor en el periodismo nacional y en los surcos de la historia patria, ha realizado durante toda su vida algo especial: la narración esporádica de estampas, escenas y leyendas recogidas en las tierras al Sur del río Tiribí, en su Desamparados que lleva en el alma. Y esta labor le asegura un título para la posteridad: "El Cronista Desamparadeño" por antonomasia.

Nuestra Editorial inició su colección "Autores Desamparadeños" con el libro del poeta Domingo Monge Rojas, *Oro y Fuego* (1970). Ahora publica *Dos Cercas*; continuará publicando obras de autores nativos, con el fin de estimular el desarrollo cultural de este rincón de la Patria y, por ende, de Costa Rica.

¡En el surco estamos con optimismo y con la esperanza de servir!

Desea, también la Editorial ADECAS, con la publicación de esta obra que tiene sabor a tierra, rendir un fervoroso homenaje a la Patria con motivo del Sesquicentenario de la Independencia (1821 - 1971).

FRANCISCO MARÍA NÚÑEZ

Cronista de Desamparados

Francisco María Núñez, trabajando diariamente en el periodismo por más de medio siglo sobre el suceso del día, el escándalo de turno, atesoraba labor con sus atisbos y comentarios. Al margen de lo aleatorio escribía sobre la historia costarricense. Pero, nos han encantado —esa es la palabra— aquellos escritos en donde cuenta los sucesos de nuestros abuelos. Páginas coloridas en donde predomina la intrahistoria cotidiana. Las menudencias llenas de candor, de limpieza y libertad de voluntad que los supersticiosos del documento frío e inerte desdeñan. En ellos recoge amorosamente —a manera de cronista— recuerdos de su pueblo natal.

Hay en la ausencia más belleza que en la presencia. Él no lo ignora cuando escribe para corresponder a sentimientos de sus lectores pueblerinos. Es correspondal cuando escribe como cronista desamparadeño. ¡Corresponsal! ¡Qué hermoso apelativo! ¡El que corresponde y se corresponde con sus lectores! Si, un diálogo sobre las cosas mínimas que fueron formando y conformando la mentalidad de un pueblo de patriarcas, esencialmente.

Aunando al historiador y al periodista, Núñez nos cuenta de las cosas humildes de la tradición oral que se va perdiendo. Esos pequeñas cosas que fueron preparando el futuro, nuestro presente. Raíz, a la vez, del qué será de nuestros nietos. No una vez. No dos, ni veinte. Pasan de cientos. Son muchísimas las veces que él se ha ocupado en hacer la crónica de su tierra nutricia, así la llama en uno de sus libros. Una labor perseverante, sin obligación oficial. Una obra que entraña amor profundo y sentido, y memoria atenta.

Así consta en este librito *Das Cercas*, nombre original de la villa de los Desamparados. Aquí se siente un amor palpitante por el legado de la petite histoire, constituido en formas definitivas y concretas. Tal son las páginas llenas de colorido en que cuenta cómo sacaban a la imagen de la Virgen Peregrina cuando relata el viaje al Puerto para ir a traer sal; cuando recuerda a los campaneros, o las carreras de San Juan, o los rosarios de San Rafael, o las travesuras infantiles en el mes de las ánimos donde se recogen las coplillas folklóricas sobre la fatuidad y vaciedad de la vida humana, o los anuncios de las fiestas navideñas. Juntando esas pequeñas obritas dejadas al azar, se siente la sustancia de la tradición popular. Aquí está la base del por qué Desamparados es un pueblo moderno. Aquí se encierra la tradición de un pueblo, incluso las contradicciones de esa tradición.

¡Dichosos aquellos sencillos labriegos que vivían vida de verdadera fe en el ideal, henchidos de sinceridad, de tolerancia y de misericordia! ¡Sinceridad, tolerancia y misericordia! Sí, porque eran hijos del sol, hijos del campo.

Bien hace Francisco María Núñez en recoger algunos de esos escritos que ha ido dejando en periódicos y revistas. Lo que narra en ellos, cambiando nombres y lugares, parece haber sucedido en Dota, Puriscal, Orotina, Atenas, Tarrazú, Pérez Zeledón o en otros cantones del país. Es un espejo de cómo actuaban nuestros abuelos. Y no es de extrañar. Desamparados es madre de pueblos. De allí partieron pioneros para hacer abras en los bosques de antaño, hoy sitios poblados. Con su hacha al hombro, ganosos de pan llevar, salieron aquellos desamparadeños a fundar nuevos pueblos. Junto con ellos iban formas de vida. Llevaban bien arraigadas la sinceridad, tolerancia y misericordia.

Complacidos hemos leído los cuadritos, las estampas, los relatos y consejos sobre el antiguo desamparadeño. Es parte de la historia íntima de la Costa Rica de los últimos cien años. No es historia teatral. Es la historia familiar del siglo pasado que podemos simbolizarla en una villa asentada en un fértil valle. Es la historia generadora de amor. Al país en que se ha

nacido se le quiere, se le ama, aunque es difícil que se llegue nunca a la comprensión total. Sin embargo, leyendo *Dos Cercas*, fino cristal, se nos ha acrecentado ese amor por la contextura y modalidad de un pueblo típicamente costarricense. ¡Ojalá que en este año del Sesquicentenario de nuestra Independencia aparezcan más libritos como este! Libros que nos hablen de San Ramón, de Orotina, de San Mateo, de Cartago, de Heredia, de Puntarenas, de San Carlos, de Liberia, de Nicoya, de Limón... ¡De nuestros próceres forjadores de la nacionalidad! ¡Ojalá tengamos todos los aspectos de Costa Rica! Todos los aspectos de Costa Rica son admirables. Pero permítasele al lector que sienta la honda emoción en una hora de paz, para meditar un momento. Entonces, si se habrá generado amor, profundo amor.

¡Dichoso el pueblo de Desamparados que tiene su cronista! Pues, Francisco María Núñez lo es, reiteramos. ¡Dichosos los pueblos que sustentan su espíritu en las cosas auténticas del pasado! De allí sacan enseñanzas que orientan. De allí extraen fuerzas para progresar.



Vivo placer hemos tenido con *Dos Cercas*, en que todo es sencillo, apacible y clara. Concilia el autor dos grandes sentimientos: el familiar y el nacional.

Muchas gracias, amigo Núñez, Cronista de Desamparados.

LUIS FERRERO

San José, 1^o de marzo de 1971.

DOS CERCAS

Bajo este rubro, —el primer nombre que se dio a la aldea donde nació y viví los primeros años de la infancia—, recojo una serie de crónicas referentes o Desamparados, recuerdos de personas y reconstrucción de consejas ya olvidadas, que oí relatar en la cocina de mi casa solariega, cuando las empleadas y los mozos de la finca se reunían, al amor del fogón, para hacer tertulia y calentar los huesos, mientras era hora de dormir.

El primer libro dedicado a Desamparados, *Mi Tierra Nativa* (1917), de carácter monográfico, no tuvo mayor circulación. El fuego consumió casi la totalidad de la edición. Tampoco pude publicar las otras partes dedicadas a la escuela y la iglesia de esta primera obra.

El segundo, *Desamparados, Tierra Nutricio* (1967), comprende tres secciones: Paisaje — Hombres — Documentos. Un poco de literatura y otro de historia.

Dos Cercos también está distribuido en tres secciones: Escenas y costumbres — Personajes — Leyendas. Vale decir: sucesos, efigies y relatos históricos o imaginados, que se repitieron de boca en boca y hoy nadie recuerda. Fueron la entretención de los niños y también de los mayores del siglo pasado. A unos los llenaba de temor y a otros apenas si sonreían maliciosamente.

Esos tres libros que he dado a la estampa, sólo tienen un mérito: prueban mi acendrado amor al terruño y mi buena memoria. He vivido fuera de mi villa antañona durante sesenta años, sin que el recuerdo se opacara ni la simpatía se desvaneciera. Es que mis días de infancia fueron de holguro, de gran contento. Todo abundaba entonces en mi hogar, hasta las esperanzas...

Los años han pasado; se han acumulado las penas y la cabeza se llenó de blanca, pero el corazón se mantiene lozano y el espíritu optimista, permitiéndome saludar cada nuevo amanecer con alegría, complacidamente, agradeciendo a Dios tantos e inmerecidos bienes.

Lector: en tu mano quedan estas letras.

Francisco Mario Núñez

San José, 1971

IMPRESIONES DE LA INFANCIA

Mi pueblo olía a cohombro, chirraca y malva.

Tengo vivos en mi mente, —como en placas fotográficas— los bellos panoramas agrestes; los cerros vecinos, los de San Miguel y Patarrá, tupidos de árboles frondosos donde anidaban los jilgueros, los ruidos y mazotillas. Esos árboles fueron cayendo al golpe del hacho y el calor de las llamas, cuando se trataba de limpiar la socola para hacer la siembra de maíz o frijoles. Unos años en La Joya; ahora en La Rejoya. Veo los ríos cristalinos, Tiribí, Damas y Cucubres, rumorosos, rodeados de vegetación, donde tomaban el agua las mazas que iban con sus tinojas a la cintura o sobre la cabeza. Allí, al cobijo de la sombra, se bañaban las gentes. Daba gusto ver el toldo verde, en forma de arcos que salían de los riberas y las ramas ondulantes que acariciaban el agua, con fruición. Los rayos de luz que se colaban, formaban pequeños arca iris.

Las hijas de don Joaquín Ureña Mata, eran las más tempraneras; más tarde solía pasar con paso tardo, ña Juana, llevando el brozado de leña, algunas frutas y la tinoja llena de agua. El desfile era interminable. Algunas mozas olían a jabón de factura pueblerina.

Mis padres no me dejaban alternar con los muchochos de los peones. Para eso me tenían bastantes juguetes, incluyendo un tren de vapor. Sólo podía jugar con mis hermanas y sus pocas amiguitas que tenían la puerta franca.

Los visitas toleradas eran a la casa del Padre Matias Zavaleta, donde la tía Diego, siempre tenía unas frutas o unos merengues que ofrecer. Pero no dejaba de hacer presente su malgenio de anciana solterona. Otra visita, las tardes de verano o los domingos, era a la casa de la tía Eloisa Chaves,

a quien teníamos por pariente; un poco más allá, visitábamos a Tiana, por la calle que conducía a Alajuelita. No faltaba la taza de café ni el pan dulce de los Arburolo, que distribuía don Pedro Hurtado, en su pulpería "La Amistad". alguna vez nos dábamos una escapada a la casa de ña Juana Ureña, olorosa a cohombro y frutas pasadas de madurez. Cuando don Federico Apéstegui se estableció en "La Campana", íbamos a jugar con su hijo Otón, que lucía una cabellera rubia. Entonces nos ofrecían pan cuadrado, casero, con miel de abeja. Corrientemente la miel sólo se usaba como remedio, pese a que en todos los corredores lucía un jicote. Un tronco donde anidaban las abejas.

Era muy grato hacer visitas porque nunca se salía con las manos vacías. Nuestra madre no se cansaba de sermonear: "Nunca llegue a una casa ajena con las manos vacías, ni salga de ella sin dar las gracias". El Carreño se aprendía en el hogar.

En la despensa de mi casa abundaban los granos, las frutas y otros comestibles y al fondo del fogón estaba el tercio de sal y las tamugas de dulce, mientras del tabanco pendían los tasajos de carne. Algunas veces era preciso ir de compras. El pan en la panadería de don Robustiano Pérez, español, quien la adquirió de don Rodolfo Odio, ciudadano cubano, hermano de don Rafael, que fue Inspector de Escuelas. Cosillas menudas se buscaban donde don Pedro Hurtado, don Isidro Ureña o Baltazar Aguilar, más conocido como Guaco. Era estirarse mucho, llegar a "El Taro", que fue de don Tomás Batalla y otra vez de don José Barrenechea, o seguir al frente, para visitar "La Campana" o la tienda de don Rafael Solano, donde se conseguían instrumentos de labranza o se pagaban los impuestos municipales y los detalles de educación.

Cuando fue hora de ir a la escuela, antes de los seis años, ya me había enseñado a leer don Amando Padilla. No me tocó estar en la casa de don Mariano Monge, que él traspasó a su hija Felicitas de Muñoz, sino que asistí a la casa que edificó el Padre Juan Rafael Reyes, donde hizo su enseñanza primaria Joaquín García Monge. Más tarde pasé al edificio

especialmente construido para escuela pública, por iniciativa de mi padre. Don Andrés Naranjo había edificado otro local para escuela de niñas. Después se reunieron ambas, pero con dos direcciones. Recuerdo a don Máximo Mora y doña María de Mora; a don Amando Padilla y doña Rosalía de Monge; la señorita Amelia Umaña y don Tabías Retana, etc.

Cada verano había turnos en la plaza y se traían en procesión los Santos Patronos de los distritos. Había una puja sobre cuál distrito aportaba más dinero. Algunas veces el total del turno pasó de veinte o treinta mil colones.

Las fiestas de mayo eran de rango. Comenzaban con la salida de la *Virgen Peregrina* a recoger la limosna; seguía la novena; después la fiesta mayor y finalmente el octavario. Las personas de mayores recursos se apuntaban como mantenedores y se empeñaban en afrezer actos más rumbosos que los festejos pagados con la contribución del pueblo.

Joaquín Zúñiga, Pascual Fernández o Juan Ureña eran generalmente los mayordomos y se turnaban con otros vecinos espléndidos.

Los primeros domingos del mes había *Lista* o seo reunión de ciudadanos, veteranos y reclutas. Un militar llegado de la Capital, —Modesto Brenes, uno de ellos— pasaba lista, ordenaba marchas y contramarchas y finalmente escogía un grupo de jóvenes para mandarlos a prestar servicio militar. Era la hora de la congoja. Muchos se excusaban. Algunos padres lloraban porque los dejaban sin quien les ayudara en sus tareas agrícolas. Mi padre era el encargado de gestionar el licenciamiento o de proponer una sustitución. El temor de los padres era que sus hijos se encariñaran con la milicia o que aprendieran vicias en los cuarteles.

Algo tenemos que decir de las medicinas. En cada casa había achicoria, *apozote*, aramo, llantén, saúco, manzanilla, etc. Cuando se necesitaba alguna medicina de patente o una receta médica, había que recurrir al botiquín de Marcos Loaiza. Alguna vez abrió un botiquín don Concha Valenciano. En las pulperías también tenían botiquines y se conseguían cincos de

mostaza, de láudano o paregórico, aceite de castor o de almendras, etc.

Después de la fiesta de la Virgen, el segundo domingo de mayo, seguían las corridas de toros o sea las fiestas populares, con bailes, fuegos de pólvora, diversiones y juegos libres. Tan libres como los golpes. Quienes tenían cuentas pendientes las saldaban porque la policía no intervenía. Una de las diversiones era ver golpearse a las gentes. Se formaban trenzas de cien varas. Nadie sabía a quién le daba ni menos de quién recibía. Lo importante era probar las fuerzas y demostrar que se era valiente. Había chichotas y a veces también heridas. La policía se limitaba a separar a los contendientes, cuando no pedía que les abrieran campo. Si a los gallos se les ponía a pelear, armados de navajas, a los hombres también se les había de tolerar que un día del año probaran sus fuerzas...

Había las carreras de caballos los días de San Juan Bautista, en que aparecían los mejores jinetes dispuestos a descabezar gallos. Corrían en parejas, abrazados, lanzando ¡güipipias! hasta llegar cerca del cordel donde colgaba de cabeza el gallo. Entonces se admiraba la agilidad del que levantaba primero el brazo y lo estrangulaba sin piedad. Era un orgullo descabezar el mayor número de gallos. Todo en recuerdo del San Juan decapitado por mandato de Herodes.

No podemos olvidar las tardes de la granja. Después del chocolate del Ave María, seguía la obligada lectura de un trozo del Quijote o de la Biblia, el rosario rezado por todos los de la casa; la cena y por fin el descanso. En los meses de escuela se dedicaba un rato a las tareas o repasos.

Algunas veces, para enseñarnos las pequeñas faenas, a eso de los cuatro de la tarde nos proveían de un cuchillo corto para limpiar un cuadro del empedrado de la calle. La hierba a veces enterraba muy hondo la raíz, el apazote o la escobilla, especialmente. El trabajo debía quedar terminado a satisfacción. La basura se recogía y se quemaba. Un cuadro de vara cuadrada, nos podía valer una moneda de cinco céntimos. Pero con ella se compraba una docena de galletas a de jocotes. El

valor de la moneda lo marca la capacidad de adquisición. Precisamente la felicidad de aquellos días de principio de siglo, consistía en que la vida era sencilla y económica. Una persona se tenía por rica, millonaria, cuando tenía sus vacas, algunos bueyes, potreros, casa de habitación y algunos cerquillos o sea pedacitos de coletal. Pero un par de zapatos se compraba con dos colones y medio. Una botella de leche valía cinco céntimos, cuando no se regañaba. Para comprar la carne, había que llevar un canasto, porque por unos reales lo llenaban. Los huevos se vendían a doce por peseta. Todo abundaba. El dinero podía escasear. Cada familia tenía su pedazo de tierra y cultivaba lo necesario para el sustento. Era la felicidad del costarricense: sentirse propietario, desear muy poco y creer en la bondad de Dios y el amor del prójimo.

MI ESCUELA

Yo aprendí a deletrear en mi propia casa, con don Amando Padilla, que era muy amigo de mi padre. Recuerdo que me costaba mucho pronunciar ciertas palabras: jefe política, burro, cargado, etc. No digo cómo las cambiaba, por rubor.

Seguramente el año 1896 ya fui matriculado en la escuela del pueblo. Me prepararon un bulto, con la *Cartilla* y varios cuadernos, un lápiz, una pizarra y el correspondiente pizarrín. Quizá también un libro de cuentos.

Me tocó como maestro don Rafael Valverde Guerra. Era manco y cojo. Muy amigo de regañar y de arrestar. De cuando en cuando amenazaba con la regla. Ya entonces no existía el cajón que regalaban las municipalidades para encerrar a los niños díscolos. Tampoco se colocaban los rebeldes en la puerta, con vista a la calle, luciendo orejas de burro. A lo sumo nos ponían de pie, con vista a la pared, o sea de espaldas a la tribuna del maestro, desde donde solía predicar, más que explicar. Rara vez hacía uso del pizarrón.

De las paredes pendían cuadros a color reproduciendo pasajes del Catecismo: el sacrificio de Abraham, la expulsión de Adán y Eva del paraíso, etc. También solía lucir un cartelón con las letras y sílabas y otro con figuras geométricas. Eran como un lujo. Se usaban poca. Se recurría a la memoria, haciéndonos repetir como loros.

Tuve otros maestros: algunos días don Pedro López Gamboa; después Celina Flores. Con esta última tuve un problema: me regañó fuerte y le lancé el tintero sobre la falda. Cada semana que le tocaba ponerse esa enagua, como se llamaba, yo sufría

viendo la mancha de tinta que no desapareció. El jaboncillo no la quitaba y en vano se ponía la ropa a blanquear. Ni el sol ni el sereno quitaban la mancha.

Finalmente tuve de maestro a un señor Adalberto Trejos, que iba de la capital y comía donde Tana. Cuando nos arrestaba pedía que le llevaran el almuerzo. Mientras él comía nosotros los arrestados hacíamos una tarea. A veces nos proveíamos, con Julio Valverde, de jocotes y le hacíamos la boca agua. Más de una vez nos pidió uno. Julio vende, fue mi respuesta.

Cierto día me pilló haciendo muñecos en un cuaderno. Me dio un reglazo en la palma de la mano. Lloroso y encolezado, le dije:

—Los cuadernos me los compra mi papá; usted no tiene que castigarme porque les haga dibujos. Se prolongó el arresto.

Mi padre terminó por pasarme al Edificio Metálico, donde terminé la enseñanza primaria.

En Desamparados estuve en dos edificios escolares: la vieja casa del Padre Reyes, que todavía está en pie. Con rejas, oscura e incómoda. Allí asistió García Monge. Más tarde, cuando mi padre levantó el edificio especialmente diseñado para casa escolar, me tocó ocupar una de sus aulas, amplias, con buena luz y también su gran salón de actos, donde vi las primeras representaciones de comedias de moda entonces.

Con todo y los palmetazos que sufrí, sigo queriendo a mi vieja escolita y desearía verla convertida en biblioteca pública. Sería un homenaje a la memoria del benefactor de Desamparados, el Padre Reyes y también para los alumnos que salieron de allí y dieron nombre al pueblo: Máximo Fernández, Celso Gamba, Benjamín Hernández, García Monge, Juan Felipe Picado, etc.

La escuela de Desamparados siempre se singularizó por los magníficos resultados que se apreciaban, en los alumnos distinguidos, los que lograron convertirse en profesionales.

EL ACARREO DE SAL

A Rafael Armando Rodríguez

—La cosa está que arde, mano Pedro...

—¿Qué te pasa Juancho?

—Es que no encuentro dónde ganarme los frijoles. Terminaron las cogidas de café y los patronos le dan largos a las padas. ¿Qué comen los panzoncitos?

—¿Y por qué no te vas al Puerto y te traés unas cargas de sal? Ahora está escasa en la plaza. Tenés carreta y buen apero. ¿Qué te hace falta? Si necesitás alguna platilla para la compra de los gastos, yo te surto.

—Pero, ¿no repara su mercé en el peligro que corren los que van a Puntarenas? Es que dicen que asaltan en la Cuesta del Aguacate y también en el puente de las Damas.

Pues trata de buscar compañeros y hacen el viaje juntos. Sin olvidarse de la confinera ni del caracol, para que hagan ruido en el camino. Así los salteadores se dan cuenta de que viajan varios y ponen pies en polvorosa...

—Pues sabe, voy a tratar de poner en práctica su consejo. El que no se arriesga no pasa el mar. Le cojo la palabra en cuanto a la platilla. El ofrecimiento no se hizo a un sordo...

—oOo—

Después de la media noche salieron cinco carretas tiradas por bueyes de dieciséis onzas, capaces de subir hasta al cielo, con cualquier carga. Bien cuidados los animales y con bastante caña amarrada a los paraleles, para darles de comer en los seteos.

Las ruedas engrasadas, golpeaban duro sobre la piedra, como matracas de Semana Santa. Tac... tac... tac... tac... tac... Parecía que las carretas iban alegres.

No se olvidó el "unto", ni el caracol y la carbolina.

La luna veranera desde la alto iluminaba el sendero, poniendo una nota alegre en el paisaje del amanecer. Uno que otro toledo silbaba, mientras brincaba de árbol a árbol, en las cercas. También los *cuyeos* metían ruido.

Silbaban los boyeros; a ratos canturreaban, para distraerse y seguramente para espantar al sueño y al miedo.

Cada carreta guardaba su distancia y como para informarse los boyeros de que no había novedad, lanzaban al aire su grito: *güipipia... güipipia...* Cada uno quería mostrar mejores pulmones.

El que iba de primero, de tanto en tanto, sonaba su caracol, luciendo su habilidad artística.

A veces se reunían dos de los carreteros para contarse cuentos de camino o hacer recuerdos del pueblo que iba quedando lejos.

La esperanza en el buen negocio que intentaban, les daba ánimo.

Sin novedad llegaron al Puerto. Gastaron algunas onzas de oro en la compra de unos tercios de sal; tomaron su baño de mar y seguidamente se dispusieron a iniciar el regreso.

Otra vez el bullicio del camino. Silbando y gritando. Algunas bromas a las mozas que lavaban ropas a la orilla del río o caminaban hacia sus ranchos, llevando al cuadril las tinajas henchidas de agua. Los bueyes daban pasos más largos, como que sabían que regresaban a su establo, donde les esperaba mejor ración de cogollo y zacate.

Termina el viaje. Se negocia la sal. Se reparten a los niños coyoles y conchas recogidas en la playa. Se da gracias a Dios que los llevó con bien, y se formulan promesas para volver el siguiente año, juntas, porque se entendieron como viejos amigos.

Se devolvió el dinero prestado y hasta se le obsequiaron al compadre unos atados de pasados. Tuvieron la satisfacción de ver algún sobrantillo para comprar ropa.

Bueno fue el consejo del compadre y oportuna su oferta de la platilla.

Un atrasado preguntó por la carga de sal: ¿Qué la hicieron? Se acabó, como si hubiera caído en el río...

LOS GALLOS DE PASIÓN

Esta Semana Santa pasada no oí cantar los gallos de la Pasión en los huertos de los templos que visité. Y no están ahí en actitud meditativa. Tampoco se miraban las frutas y las verduras recién recogidas, olorosas y llenas de color.

—¿Qué se hicieron los gallos de pasión?

Una buena campesina explicó: —Ya no hay gallos de pasión. Las granjas terminaron con ellos. Ahora sólo se ofrecen pollos de incubadora.

—¿Pero qué tienen que ver los llamados gallos de pasión, de canto especial, con las granjas y las incubadoras? Insistí.

—Vea dancita, antes se echaban las gallinas cluecas días antes de la Semana Mayor para que empollaran los huevos que se les ponían en un canasto o cajón con pajas. El Jueves o Viernes Santo rompían la cáscara y salían los pollitos. Entre ellos resultaba uno que otro gallo de pasión.

En cuanto crecían un poco se apreciaba su canto singular, medio lúgubre; lastimero. Esos eran los que llevaban al Huerto para que hicieran compañía al Señor del Triunfo. Algunas familias enviaban pájaros de bello canto; otras frutas. La cuestión era darle al sitio escogido un carácter de huerto. Oloroso a ciprés y uruca. A limas y cohombros.

Se hacía por promesa o simple devoción.

Como otras gentes iban a comprar medidas o sea cintillos de calor bendecidos por el párroco, que se amarraban al cuello, como prevención contra enfermedades.

La fe inspataba todos esos actos. Y la fe suele mover montañas.

LA DESPEDIDA DEL DIFUNTO

A Julio Suñol

Este es un recuerdo añejo.

Mano Laudencio terminó sus días después de mucho padecer. De nada valieran los médicos ni las medicinas; ni los menjunjes de los empíricos, ni los consejos de las comadres, ni las sesiones con las brujas más renombradas en muchos kilómetros a la redonda. Ni siquiera tuvieron eco las rogaciones a todos los santos o las promesas a los de particular devoción, dicho esto con respeto. La patrona se santiguó.

—Gracias a Dios que lo descansó, —agregaba ña Gordiana, la viuda, su compañera por más de sesenta años, cuando recogió consternada, su último suspiro—. Tan bueno, tan servicial, tan creyente que fue siempre, tan cordial con los prójimos y le tocó un final ¡doloroso y triste! Pedía a todos los Santos de su devoción que se apiadaran de él, descansándolo. En el pueblo no hubo un bisbisea contra su honradez ni menos contra su bondad. Lo suyo era de todos y supo compadecerse del pobre. También supo perdonar.

Si amasó fortuna fue limpiamente, por su esfuerzo y su economía. Nunca lo cogió el día en la cama ni vio anochecer sin saltar el cuchilla o el machete. Por eso, aunque daba a manos llenas, sus bienes crecían y se multiplicaban, como la levadura bien fermentada. Era una bendición de Dios. Eran los comentarios de ña Gordiana durante los días del novenario y las visitas de pésame.

La despedida del difunto fue algo sin precedente. Misas tras misas, un sartal. Todas con tres padres, buena orquesta y muchas voces. Repartición de candelas de las de diez en libra, para todos los asistentes y de cuatro en libra para los padres,

los monaguillos, el sacristán, el maestro de capilla y los del coro, todas inglesas. Los pobres tuvieron con que alumbrarse por muchas noches.

Fue mayor el esplendor el día del novenario. Aunque se comenta que nunca se vio una vela más concurrida y mejor servida. El difunto, —Dios lo tengo en la gloria— lo tenía todo bien previsto. Hasta el dinero para los gastos lo había dejado apartado. Quería que se gastara mucho en candelas y candiles, para tener buena luz en su camino hacia la eternidad. Que lo acompañaran los rezos y probaran su fe católica.

Noche a noche, durante los nueve días, se obsequió a los concurrentes con café, pan dulce, cigarros amarillos y puros chircagres con sus fósforos. Todo en abundancia y hasta para llevar a la casa. Nada de mezquindades, dispuso el difunto.

No faltaron mana Silvina, la rezadora, ni María Luisa la tuerta, ni ña Micaela la ciega, buenas para los padrenuestros y las ovemarías, letanías y otras oraciones. Para ellas no faltó el paquetito, junto con el "Dios las acompañe".

Las carreras mayares fueron la víspera y el propio día del novenario. Hubo matazón de gallinas; aparte del destace del cerdo mejor cebado y de la ternera de año, tan gorda, que parecía estar habilitada.

Se prepararon picadillos de papaya y de arracache con chicasquil; bizcocho y rosquetes; papin; estofado; chicho; rom-pope y mistelas; licores finos; dulce de naranja agria y de toranja. ¡Fue un festín! Hubo para mandar a las casas vecinas.

Todo lo dirigió ña Gordiana. No hubo detalle en que no reparara. Hasta en los olores, para que la comida tuviera buen sabor: laurel, tomillo, culantro de coyote y de Castilla, pimienta, cominos, canela, perejil, orégano, salvia y jamaica. Una lista larga. Aproximó bien la alacena. Consiguió loza, vasos y trastos de cocina, a pesar de que en despensa todo abundaba.

No le bastaron los responsos ni la misa de cuerpo presente. Ella quería hacer una despedida de rango a su esposo, que fue siempre tan fiel y tan bueno.

Desde el momento en que él cerró los ojos, se entornaron las ventanas; se colocaron cortinas negras; todos vistieron de luto. Los varones hasta llevaron camisa negra durante los nueve días. Hubo silencio. No se oían sino los rezos.

Por fin se volvió a la vida normal, de trabajo, de gran actividad. La familia se fue acomodando a la nueva situación, en que la ama de casa debía también atender de las cosas que correspondieron al marido.

—“Todo debe caminar bien, como en vida del difunto,—decía ña Gordiana—. Como si el finado, que de Dios goce, estuviera entre nosotros, (se santiguaba), con su pañuelo de cuadros amarrado al cuello y la cutacha en la cintura, olorosa a agua florida. Todo un hombre, de esos que ya escasean...”

LA PATRONA PEREGRINA

A la memoria de Rafael Heliodoro Valle

Ya entrado el mes de abril, enjalbegados los cafetales y todavía lucentes las tardías guarías de los tapiales, salían del templo parroquial de Desamparados, Prudencio Calderón o Pascual Fernández, llevando a la espalda a la Patrona Peregrina. Una imagen en pequeño, en su camarín de colorines, que debía visitar casa a casa, por los barrios y la villa, recogiendo la limosna para su fiesto mayor, del segundo domingo de mayo. Las gentes se daban cuenta de que comenzaba la peregrinación, porque había largo repique de campanas, estallido de bombas, cohetes y recámaras elaboradas por el viejo polvorista cartaginés Segundo García, a quien apellidaban "Bombero". Pocos conocieron su apellido, pese a que terminó sus días en el pueblo. Quienes lo trataban le decían simplemente Segundo Bombero. ¿Acaso para distinguirlo del otro Segundo, Gamboa de apellido, el padre de muchos hijos?

Este otro Segundo, de oficio carnicero y negociante en ganado, decía las cosas como le venían en gana; murmuraba de todos, pero eso sí, era generoso. Se decía que tenía el corazón en la mano. Por algo las mujeres eran su debilidad...

Pero nuestro apunte debe tener hoy un sentido místico y volvemos al tema, no sin rubor, por haber espigado en el jardín del recuerdo profano.

No olvidamos que si Pascual Fernández, el mayordomo del templo, era reposado y muy piadoso, tanto como buen palero, Prudencio era excelente cantante de salves, salterios y alabados, ovemarías y villancicos, a la vez que narrador de cuentos de embrujamientos. Su oficio era el de cogedor de goteras, pero

en los meses de invierno también era machetero o palero. Siempre le quedaba tiempo para trastear las tejas, allí donde le contrataban, por saberlo muy hábil.

En las veladas caseras, mientras las candelas de sebo se marchitaban afanosas de dar luz sobre el rostro de la Patrona Peregrina, —traída desde Guatemala por empeño del Padre Juan Rafael Reyes,— a la vera del fogón crepitante, mientras se enfriaba el chocolate, Prudencio dejaba fluir su fantasía relatando cuentos de aparecidas y relatos de sucesos misteriosos.

Uno de los relatos que hizo surco en nuestro cerebro, se titulaba El Ataúd Volador. Ahora, ya entrado en años, caemos en la cuenta que debió inspirarse en aquel suceso que conmovió a todo el pueblo: la resurrección de la niña Regina Flores. Niña se llamaba entonces a las señoritas ya entradas en años. ¿Sería un caso de catalepsia? Lo cierto es que después de velarlo un buen tiempo en su ataúd, creyéndola muerta, se incorporó y siguió viviendo por muchos años. Ella, conmovida, dispuso conservar el ataúd blanco, sobre las gruesas soleras de la sala principal. Y fue comentario que ella solía hacer bajar su ataúd, para acostarse y probar que le quedaba a la medida.

Chasco sufrieron las amistades, los vecinos y los trasnochadores, que enterados de la muerte de la niña Regina llegaron dispuestos a pasar la noche en vela, contando chistes y sorbiendo tazas de café o chocolate, buenos embustes, cuando no ron o mistela de factura casera.

Y volviendo al trillo, —cuando nos referimos a la villa, nos saltan los recuerdos atropelladamente,— hacemos memoria de los grandes festivales que se organizaban con motivo de la fiesta patronal, que como allá en Cartago, —de donde vinieron a poblar a Dos Cercos muchos de sus fundadores,— terminaban con corridas de toros y otros de los mal llamados festejos cívicos, con más carácter de populares. A los ocho días de fiestas religiosas, de rango seguían tres de festejos civiles. De guaro, daños y golpes.

Los pudientes entablaban una puja para hacer demostración de su esplendidez. Quien no era mantenedor de un día de la novena, lo tenía que ser del octavario. Había que contratar buena orquesta; buen coro y buen predicador. No podía faltar la pólvora, suministrada por Segundo Bombero y los hermanos Chavarría de Heredia, uno de los cuales era graduado en Estados Unidos como técnica polvorista. Hasta se trataba de superar el programa del propio domingo de la fiesta patronal. Inclusive se contrataban las más bellas quinceañeras, que sabían declamar, para que no faltaran las loas a la Virgen.

Y el pueblo, sin distinción, hombres, mujeres y niños y hasta los ancianos, debían aportar su limosna. Cincos o colones y también algunas candelas de esperma, de las que nos llegaban de Inglaterra.

Como el día que salía del templo la Imagen Peregrina, en hermoso camarín, pintado con hermosas rosas y oloroso a incienso, solía caer el primer aguacero del año, los creyentes tenían por seguro que participando en los festivales patronales, tendrían un buen año. Lloverían bendiciones sobre ellos y sus familias.

Por eso también se estrujaban por tomar primer puesto para besar el ruedo de su manto o encenderle candelas o por ser mantenedores de uno de los días de fiesta.

Recordemos algunos nombres de ciudadanos dispuestos a honrar a la Patrona: Mariano Monge Guillén, Santos Castro, Pedro Jesús o José Gamboa, Ramón Segura, Juan Pedro Ureña, Rafael Reyes, Mariquita Monge, Juan Monge Guillén, Panta-león Fernández, Andrés Naranjo y sus hermanos, Marcos Astúa, Abdenago Quirós, Rafaela López de Cascante, para no citar más nombres.

Tan milagrosa era la virgen de los Desamparados, que hasta el descenso del altar mayor, era motivo de regocijo. Había que acudir al templo antes de iniciarse el repique de campanas o las salvos de pólvora.

¡Cómo recordamos los rosarios solemnes y las loas que ento-naban niñas vestidas de blanco y banda celeste! Al terminar, había un desfile alegre, bullicioso, como de ángeles.

Hay rastros que no se olvidan. Los años no han producido la amnesia. Nos parece estar viendo a las viejecitas rezadoras: Silvinia Hernández, ña Micaela la cieguita, que solía ir del brazo de María Luisa, que tenía un poca más de vista que ella; ña Petra Rojas con su carga de devocionarios, pese a que no sabía leer; doña Eloisa Chaves que entraba al templo taconeando, del brazo de sus esbeltas hijas, luciendo gruesas gargantillas. Se producía un ruido de fustanes engomados. Algunas lucían sus hábitos de Nuestra Señora del Carmen o de las Mercedes o de Nuestra Señora de Dolores.

Y entre las damas más jóvenes, Libia Flores, Filomena Monge, Julia Zamora, Rosalía Jiménez, Belarmina Mora, Benigna Naranjo. Allí cerca de la Patrona, rodeada de azucenas, parecían abejas golosas sedientas de miel...

La costumbre de la visita casera de la Patrona Peregrina se ha perdido. O no sabemos sobre qué espaldas onda ahora o si las rosas de su camarín se han marchitada.

Cuando vemos florecer de nuevo los cafetales y lucir su morada de túnica nazarena las guarios, revive el espíritu y nos parece que, por acto de encantamiento, volvemos a los días aquellos de la infancia y reconstruimos mentalmente el pasado, sentimos percibir el perfume del cohombro, de las limas en sazón, de la uruca; nos parece ver lucir en las casas blancas, cortinas nuevas y colgando del alero, muchas linternas y faroles de colores. Hasta nos parece ver ilotar las banderas de la patria. Sentimos aires de primavera y nos hacemos la ilusión de ir corriendo por los cármenes floridos, al encuentro de la Patrona Peregrina, que ya regresa, sonriente, derramando gracias y promesas. La fe renace y con ellas la esperanza.

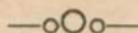
LAS CARRERAS DE SAN JUAN

Florece el recuerdo. El día de San Juan Bautista, el 24 de junio, don Juan Pedro Ureña el *gamonal* de la que ahora se llama "Calle Fallas", tenía gran fiesta en su casona solariega,⁽¹⁾ donde abundaba todo. Hasta las zalemas del riquillo campesino.

Para festejar el onomástico, organizaba carreras de caballos, que llegaron a ser famosas en muchos kilómetros a la redonda. Los jinetes debían descabezar los gallos que se colgaban de una cuerda, cruzada de cerca a cerca, sobre la ancha calle de muy escaso trajinar.

Las gentes amigas escogían los más hermosos gallos, de plumajes de colores vistosos, para someterlos al martirio del Bautista: decapitarlos, cuando los jinetes lograban cogerlos del cuello, sin detenerse, llevándose la cabeza sangrante como trofeo.

La víspera se hacían los últimos preparativos. Todo debía abundar; las faenas agrícolas se suspendían. Don Juan Pedro lucía su banda morada y sus polainas nuevas, dando las últimas disposiciones. Que todo el mundo se divierta, era su recomendación.



Una tarde espléndida, de puro veranillo, convidaba a salir de paseo y asistir a la fiesta de don Juan Pedro, en la *Calle Ronda*, como se le llamaba, enzacatada, donde corrientemente pastaban los ganados de la vecindad.

(1) Actual residencia de don Helberth von Schöeter.

Distinguía la residencia del gamonal un grueso jicote cubierto por los bejuco de la bellísima que dejaba caer sus lindas flores rosadas, como estrellitas. El suelo se cubría ampliamente de adorno tan singular.

Poco antes de las dos de la tarde, cuando el sol había bajado un poco, ya estaba allí la música pueblerina, alegrando al vecindario y sus visitantes. Música a base de platillos, redoblantes y bombo, para hacer mayor ruidos.

Quienes habían asistido a la misa de revestidos y coro, que solía pagar don Juan Pedro todos los años, también querían disfrutar de su hospitalidad. Para librarse un poco del sol de la tarde, se situaban bajo la sombra de los árboles que servían como cerca de las propiedades laterales. También precaviendo que una bestia chúcara pudiera desviarse y atropellarlos.

Algunas damas, celosas de su cutis y del carmín que coloreaban sus mejillas, abrían las sombrillas. Es que el "sol se come las caras bonitas". Por lo menos las tiñe de color oscuro.

Frente a la casa estaba tendida una cuerda, de cerca a cerca y al centro pendía un gallo *cuijen*, con la cabeza hacia el suelo. De rato en rato agitaba las alas y trataba de incorporarse en el vacío. La *sondatezo* se *atilitaba* cada vez más. Bajo ella podían pasar los jinetes, debiendo alzarse sobre los estribos y estirar los brazos, para alcanzar la cabeza del gallo.

Un cohete anunciaba el comienzo del espectáculo, con ribetes de crueldad. ¿Qué debían los pobres gallos para que se les sometiera al tormento de estar calgando de las patas en espera de la mano fuerte que debía decapitarlos de un tirón? Pero era la diversión del público en más de una aldea en aquellos días ya lejanos.

El propio don Juan debía iniciar las carreras, luciendo su mejor bestia, debidamente enjaezado; bien trezada la larga cola. Podía fracasar en el intento de decapitar el primer gallo, pero siempre recibía sus aplausos. Como que él era el organizador de la fiesta. Luego seguía el desfile de jinetes, guardando prudente distancia. Corrían en parejas, a veces abrazados. Cada cual buscaba su compañero. Todos los jinetes lucían pantalón

blanco y polainas bien lustradas y en la mano derecha un fute. La otra se destinaba a la rienda. Las espuelas eran complemento indispensable.

Una y otra carrera; nuevos intentos por decapitar el gallo; aplausos para los que lo lograban y de tanto en tanto, un trago de coñac, guarapo o rompope, según los gustos. Lo importante era alegrarse.

Cuando faltaban gallos para descabezar, seguían las corridas de caballos, luciendo los jinetes sus habilidades y el brío de sus bestias. Algunas se levantaban sobre las manos, relinchando; una se embrocaba, dando en tierra con el jinete. Más aplausos y risas.

De vez en cuando, estas reuniones servían para que el amor prendiera en dos jóvenes, que al año siguiente concurrían ya casados. La damita conservaba una flor de *bellísima* para revisarla cada tarde, a ver si no había perdido el color. El rodar del tiempo, la ausencia prolongada, podía marchitar el entusiasmo y defraudar las promesas de amor.

Dentro de la casa se repartían *mistelas* y *tosteles* o *embustes* en cantidad. Las señoritas encargadas de esa tarea, iban y venían, con sus bandejas, ofreciendo aquí y allá, hasta darle fin a la provisión. Cojan con confianza, que todos estamos de fiesta por el onomástico de don Juan Pedro, amonestaban las repartidoras.

No faltaba de vez en cuando un "Viva mano Juan Pedro" para halagar la vanidad del festejador, que sonreía vanidosamente. Bien sabía que todas esas demostraciones de simpatía las provocaba su dinero. Se decía que lo guardaba en tinajas, tal era la cantidad que manejaba. Las cosechas de café y la venta de la leña, cada verano, le permitía aumentar la pelota.

No vivía con gran lujo. Eso sí, para el mes de mayo pagaba una solemne misa en honor de la Patrona, Nuestra Señora de los Desamparados y hasta convidaba a almorzar a los sacerdotes y los cantantes que contrataba para darle mayor lucidez al acto piadoso. Le interesaba que como Mantenedor de un

día de la octava, se dijera que el festival había resultado mejor que la propia fiesta patronal, que pagaba el pueblo con sus limosnas.

Al caer la noche terminaban las carreras. Cada uno tomaba el camino de su casa, comentando la esplendidez de don Juan Pedro.

Al saborear su chocolate, don Juan Pedro se relamía satisfecho los bigotes y comentaba con su mujer la fiesta. Será otro año, si Dios quiere. Que la próxima cosecha de la *bellísima* cubra todo el campo y prenda en los corazones la alegría. Para mí, afirmaba el viejo socarronamente, no hay placer como sentirme rodeado de prójimos, compartiendo nuestros entusiasmos. Dios da para todos, pero hay que saber granjearse su voluntad...

Después de esos desembolsos a manos llenas, don Juan Pedro volvía a sus trabajos y ayunos. Esperaba otra vez el mes de mayo y el de junio, para solazarse atendiendo a sus invitados.

Así pasó un año y otros muchos, hasta que un día le cayó la desgracia. Se arruinó en forma realmente penosa. Todo lo perdió. Entonces buscó la montaña, donde nadie lo conocía. Se estormentó del pueblo...

LA FIESTA DE SAN RAFAEL

Noche del 24 de octubre.

Espléndida luna, fresca brisa y murmurar de hojas.

En la casa de doña Segunda se prepara la gran fiesta anual, dedicada al patrono de los caminantes, al arcángel San Rafael.

En la amplia cocina, varias señoras del vecindario, sentadas después de la dura faena del día, aguardan a que sus cuerpos se enfríen, mientras las hijas mayores de la casa sacan del horno las últimas latas cazuelejas conteniendo bizcocho doradito y oloroso a queso.

Doña Segunda atiende a sus visitas que llegan desgranando cumplidos y agradeciendo el convite a la fiesta. Algunas veces, disculpando a las comadres que no pudieron llegar.

Hay manifestaciones de sorpresa porque se tardan los músicos.

En el patio, da vueltas y revueltas don Simplicio, el dueño de la casa, que recibe a sus convidados y les anuncia que pronto va a comenzar el rezo.

De vez en cuando estallan bombas, *recámaras* y cohetes, que dibujan estrellas en el cielo. Anuncian que hay fiesta en el vecindario.

Por fin llegan los músicos y después de afinar sus instrumentos, rompen el son: una guitarra, un acordeón y un violín, de factura casera, más un clarinete, tan viejo como la persona que sopla sobre su boquilla.

En el patio, los chicos forman gran algarabía. El rezo no les interesa tanto como las luces y los estallidos de la pólvora.

Tras los alabados vienen las "buenas noches" con que se termina el rezo y comienza el reparto de cigarros y puros; *chicha* y *mistela*; *rompope* y licores de la Fábrica Nacional.

La danza puso la nota de alegría, particularmente en el elemento joven, que concurría con la esperanza de que el santo les deparara un navio o de poder conversar con el pretendiente, para asegurar sus relaciones.

Después hubo una representación teatral, contratada con unos comediantes de la ciudad, que se agregaron para ganarse unos *cinquillos*. En esta vida unos *pelan la pava* y otros la *ver pelar*, según decía doña Segunda.

De pronto surgió lo inesperado. Al darle fuego a una bomba se produjo el estallido violento que quemó las manos de un muchacho que había pedido el tizón a fin de ensayarse como *polvorista*. Carreras, gritos, pero resulta más grande lo alarmante que el suceso.

Los ánimos se tranquilizan y continúa el baile. Las gentes se van poniendo *chispas* por la repetición de las copas y entonces se dispuso poner término a la fiesta.

Se inicia el desfile de gentes que comentaban la esplendidez de los dueños de casa y el pequeño incidente, que estuvo a punto de aguar la fiesta de San Rafael.

Antes de despedirse, en los cruces del camino, los grupos repetían la misma frase: ¡que Dios nos dé vida para vernos el año entrante en la fiesta del Santo!

—Hasta las vistas.

—Dios los lleve con bien.

—Amén...

ROMPIERON LOS NORTES...

Finaliza octubre.

Mes de las fuertes lluvias, de los temporales y de las inundaciones. De las noches oscuras y tempestuosas; encantadoras, cuando la luna llena logra burlar los nubarrones negros. No hay luna más brillante que la de octubre, suelen decir nuestros campesinos.

El paisaje viste de verde. Abundan las flores. Las aves canoras revuelan contentas porque abunda el alimento. Hay competencia de aromas. Se inician los vientos.

¡Rompiéron los nortes...! Me anunció mi vecino, viejo setentón, lleno de experiencia, que parece un gran astrónomo, capaz de hacer predicciones sobre el tiempo.

El *San Juanillo* y el *Jaral* se han cubierto de flores. Blancas y amarillas, respectivamente. Matizan los campos. Compiten con la abundante *Santa Lucía*, vestida de lila y muy perfumada.

Los *chucuyos*, en magníficas bandadas, con agudo chillar, cruzan los aires, en formación original. Van de paso, huyendo del rigor del invierno del Norte.

Después del *Cordonazo de San Francisco*, las lluvias han amenguado. Fue tan fuerte que hubo reventazón de *barbudos* hasta en las ciénegas. Las aguas se hunden rápidamente. La tierra parece ansiosa de almacenar agua para los meses del verano.

¡Rompiéron los nortes!

Fuertes brisas que traen aromas de la floresta, alegran y bambolean los árboles, que a su golpe, parecen entonar cánticos alegres. Las arboledas se tornan musicales.

A los días oscuros, fríos, huracanados, han seguido los esplendorosos, claros y frescos. Las brisas corren alocadamente. Comienzan a desprenderse las hojas de los altos *higuerones* que caen dando golpes a la tierra.

Se inició el verano.

Los jazmines del cafeto, que en abril mareaban con su aroma, vistiendo de blanco las ramas, se han convertido en gruesos granos verdes que comienzan a teñirse de púrpura.

Cada día enrojece más el grano. Los finqueros van pensando en proveerse de canastos y manteados y sacos para recogerlo, cuando se haya emparejado un poco.

Desde noviembre los chicos alegran las plazas y los caminos, entretenidos en encumbrar sus *papalotes* y cometas. Hay rondas infantiles en los atardeceres. Los pequeños cuentan los días que faltan para la Nochebuena. Algunos escriben sus cartas al Niño.

Llega por fin diciembre, el mes de las *cilampas* o las *navidades*. Las plantas suelen amanecer con las hojas cubiertas de gotitas, sobre las cuales coquetean los rayos solares, formando arco iris. Los insectos zumbadores revolotean.

Se activa la recolección del café. Todas las esperanzas se cifran en ganar mucho dinero, a fin de llenar las necesidades hogareñas, holgadamente. Antes de clarear el sol desfilan familias enteras hacia los cafetales. Hay alegría en niños y personas mayores. Las jóvenes regresan a sus hogares cantando.

¡Rompieron los nortes! He palpado el inefable placer de mi vecino, de cabeza blanca y cuerpo encorvado al peso de los años, al anunciarse, sonriendo, mientras miraba hacia el cielo:

—Rompieron los nortes...

NOVIEMBRE, MES DE LAS ÁNIMAS

Ya tenía bastante nuestro pueblo de antaño con las costumbres funerarias en boga, que ponían los pelos de punta. Bien es cierto que a las gentes no les afectaba la muerte de un niño, porque al fin y al cabo "ángeles quiere el cielo". Por eso la muerte de un menor, era motivo para un velorio alegre, con música y baile. No ocurría lo propio con los mayores que se largaban al otro barrio. Entonces la muerte ponía una nota de espanto. Como si no fuera algo muy natural envejecer y ver doblarse el cuerpo en busca del regazo de la madre tierra.

Pero es que las almas en pena de los mayores solían fastidiar de tanto en tanto y nunca se supo que el alma de un niño tuviera cuentas pendientes, para cuya cancelación necesitara de la ayuda de los seres que quedaban en la tierra. La muerte causaba no pocos temores y zozobras, porque la fantasía popular solía dar rienda suelta a la loca de la casa y tejía historias de espantos y aparecidos, *hermanos* y *botijas*, las cuales se repetían en las veladas caseras, cuando las sombras de la noche y la caída de la lluvia torrencial, obligaban a buscar refugio al amor de la lumbre.

Los cadáveres de los niños se conducían por la vía pública, sentados en taburete, expuestos a la contemplación de los transeúntes. Cuando las mandíbulas tendían a guiñar una mueca, se sujetaban con un pañuelo. Pero eso no podía suprimir el gesto siempre tétrico que deja la muerte, especialmente cuando la ha precedido una larga y penosa enfermedad. Cerrando el cortejo, era costumbre que una murga ejecutara algún son. Un violín y un clarinete, por lo menos. Si se trataba del entierro de una persona mayor, entonces se improvisaban unas andas; el cuerpo iba expuesto, también, a la vista del público.

Los familiares se proveían de garrafones de aguardiente para repartir en la puerta del cementerio a todos los acompañantes. Claro, como las gentes habían tomado desde la noche anterior, solían registrarse algunas escenas macabras. Si el muerto dejaba fortuna, a más del funeral de rango, había reparto de velas de esperma que debían dejarse arder hasta consumirse, porque eran de las ánimas. Los *angelitos* sólo tenían derecho, si había medios suficientes, a un largo repique de campanas...

Si esos desfiles mortuorios ponían la piel como "carne de gallina", el mes de noviembre tenía un mayor sentido lúgubre. Desde la víspera, el día de Todos los Santos, solían oírse los dobles funerarios, que se repetían al principio de la noche y el propio Día de Difuntos, el dos de noviembre. Había elementos especializados en eso de tañer las campanas. Generalmente individuos inválidos para otros trabajos, servían de sacristanes y atendían como recargo el puesto de campaneros. No he olvidado la figura de Capo (Policarpo Padilla), el mejor repicador de campanas de mi pueblo. Tenía las piernas quebradas en varias partes y para sostenerse en pie, se servía de un bordón de escasa altura. Pero con todo, subía las gradas del campanario, cuyo piso alto era punto dominante del vallecillo. Allí se sentía el hombre de más alta posición. Empero, ¡la altura no lo mareaba! Después de la obligación matinal, solía ejercer su antiguo oficio de sastre. La familiaridad pueblerina le distinguía con el sobrenombre de "Capo el campanero". Hombre servicial; de gran honradez y pobreza extrema, la que sobrellevaba con la misma natural tolerancia con que aceptaba —al fin prueba de Dios— sus defectos físicos. Eso sí, era padre de familia cada nueve meses...

Capo era el otorgador de gracias, en vísperas del mes de Ánimas. Había que doblar la noche de Todos los Santos y el propio Dos de Noviembre. Los brazos se cansaban de tirar de los pesados badajos y desempeñaban la tarea por turnos. Lo importante era ser seleccionado para doblar. *Había que prometer mucho orden.*

Era que las gentes que vivían pendientes de las benditas ánimas del purgatorio, —una devoción como cualquiera otra,—

uían con ollas de merienda de elotes, plátanos maduros, ardientes y tacacos cocidos, que se distribuían junto con la taza de café, en el curso de la jornada. Sólo los que trabajaban de noche al derecho a saborear ese regalo. Para merecerlo, más el muer niño bien abandonaba su pereza habitual y se convertía, repentinamente, en repicador de campanas. Ese era oficio de consue de Juan el Tonto, de Tobías Cadenas y de Irineo, el san an den. Alguna vez ocurrió que eran muchos los aspirantes a campanero y pocos los canastos con merienda y se hizo reat "carr el viejo refrán: "Son muchas las ánimas y poca el agua lo lúgita".

En día, la curiosidad infantil, nos movió a inquirir del cam- nocero:

—¿Cuál es el puesto más alto en la villa?

—El mío, respondió con aire de satisfacción, que nos hizo comprender, desde entonces, el placer muy íntimo de saberse responsable de un oficio, para ejercitarlo con cariño, con satisfacción. No hay oficios humildes. A todos los ennoblece el oficio de responsabilidad de quien los sirve.

Noviembre es el mes de las ánimas. Un siglo atrás era costumbre sacar ánimas del purgatorio. No bastaba con los festejos de los novenarios, ni con las velas que se repartían en los ejercicios generales de cuerpo presente, y que debían quemarse en sufragio del alma por cuya intención se distribuían; ni siquiera llenaba la aspiración la sarta de misas gregorianas que dejaban denadas y pagadas en sus mandas los testadores de buena fortuna. Quedaba, como resabio colonial, la tarea de sacar ánimas del purgatorio.

Sencilla la forma; pero asaz impresionante. Consistía en un desfile nocturno, portando un farolón colocado sobre una vara. Cada lado del farol representaba calaveras y fémures cruzados. Presidía el desfile, como en los viáticos solemnes, la campanilla de sonido persistente. Cuando se tenía a la mano un cuadro del Purgatorio, —algo así como una visión dantesca,— se agregaba al desfile. Las caras de los atormentados por el fuego eterno, eran entonces más sombrías.

—Una limosnita para las ánimas del santo purgatorio, ¡po el amor de Dios!, musitaban unas voces cavernosas que parecían salir de ultratumba.

Y las gentes que ya habían percibido el tintineo de la campanilla, atrancaban las puertas y ventanas de sus casas y se disponían a ver el desfile de reajo. A los niños nerviosos, ni se les permitía asomar las caras por los flecos de los visillos que restaban visibilidad a las vidrieras. Eso sí, la mano caritativa se estiraba medrosamente para entregar una moneda. Al fin y al cabo, todos hemos de tener alguna alma en pena por la cual abogar. Y es que si había negativa a contribuir para sacar almas del purgatorio, saltaba la amenaza:

*Ángeles somos,
del cielo venimos,
limosna pedimos,
y si no nos dan,
puertas y ventanas,
nos la pagarán.*

Cuando se recibía la limosna, había otra estrofa para agradecerla:

*Esta limosna que has dado
con amor y con anhelo,
será la primera escala
para que subas al cielo.*

Conforme avanzaba la noche, el desfile cobraba más lúgubre aspecto. Los grandes mechones con que solía iluminarse el camino, elevaban hasta muy alto sus columnas de humo. El sereno se agregaba al desfile, seguro de cumplir mejor su obligación de asegurar la paz del vecindario. Porque cuando una negativa a dar limosna era manifiesta, también salía a relucir la amenaza:

*¿De qué les sirve, señores
tanta pompa y hermosura,
si todo lo han de dejar
al pie de la sepultura?*

Alguno de los que formaban la comparsa funeraria solían llevar huesos de animales y de tanto en tanto los mostraban, golpeando uno contra otro, para impresionar más. En Guanacaste se frota dos quijadas de buey, para formar el crac-crak, que dio origen al instrumento rústico bajo la denominación de *La Carraca*.

Si la amenaza no tenía mayor repercusión, se recurría a otro expediente: el de despertar la compasión pública:

*Desde que morí yo sufro
descansando olvidada.*

*Tan sólo una limosnita,
me evitará ser quemada.*

Los tiempos son otros. Ya no se estimula el horror a la muerte. Hasta los cementerios se han modernizado y cobran aspectos de jardines de estilo inglés. Los animan los bosquecillos y las capillas y hasta el gorjeo de los pájaros canoros; cuando no el eco de dulces melodías orquestales.

Los cementerios no provocan impresiones dolorosas. Son las ciudades tranquilas donde duermen los que se adelantaron en el viaje sin retorno. Las gruesas losas de concreto no permiten la salida de los fuegos fatuos que hacían pensar en las almas en pena, apelando a la misericordia humana con su ruego:

*Que Dios nos saque de penas,
y que nos lleve a descansar.*

La vida y la muerte se hermanan amablemente. Como el dolor y la alegría forman la vida misma. Así, a noviembre, el mes del recuerdo y del dolor, sigue diciembre, el mes de los villancicos y de los aleyuas.

Quien concibió el plan del almanaque, seguramente tuvo en mientes que la vida y la muerte se completan. A una y otra, hay luz que las ilumine y sentido que las dignifique. Se vive para morir y acaso algún día no lejano, nos convenceremos de que se muere para vivir la vida eterna.

LA FIESTA DE LA PURÍSIMA

A Gabriel Ureña

Tres grandes fiestas consagra la Iglesia Católica costarricense a la Virgen María, Reina de todo lo creado: el quince de agosto, conmemora su Asunción a los cielos, en cuerpo y alma; el ocho de setiembre su Natividad y el ocho de diciembre la Concepción. También se destina todo el mes de mayo a María. Es cuando la naturaleza se engalana de flores. Pero el ocho de diciembre se efectuaban los cultos más solemnes. Había mayor expansión. No puede ignorarse que diciembre es también mes de villancicos y de pastores. El mes del Nacimiento. Desde que rompen los nortes y llenan el ambiente con sus revuelos y su piar los *chucuyos*, el costarricense siente rejuvenecer el espíritu y quisiera lanzarse a campo traviesa, sin brújula ni dirección alguna. El campo se le mete a uno cuerpo adentro. El frío mañanero o el tibio de los atardeceres, son como un aliciente. Por algo, al iniciarse diciembre, comienzan las peregrinaciones al campo. ¡Cómo recordamos las alegres temporadas veraniegas!

—o0o—

El quince de agosto, fiesta olorosa a incienso y también a flores, porque las niñas, vestidas de blanco y celeste, iban a presentar sus ofrendas, piadosas, cantando:

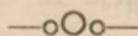
Suba, suba la Virgen al cielo...

En las parroquias lejanas era de ver el desfile de gentes, que venían por los trillos soleados, con el rostro alegre, pen-

sando en elevar sus oraciones fervorosas para alcanzar mayores gracias.

Los campos quedaban desiertos; también los hogares. Pero Dios vela por todos. Su ojo mira de muy alto y sus manos bendicen a porfía.

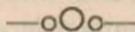
Quien ama a la Madre, ama y venera al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo...



Con motivo de la fiesta de la Natividad, —bien lo recordamos— solían organizarse lujosas procesiones, precedidas por niñas y señoritas vestidas de blanco, que cantaban alegres estrofas:

*Alabemos a María
Con ferviente corazón.
Ensalcemos noche y día
Su admirable Concepción.*

Había loas, elogios a la Madre de Dios, la Abogada Nuestra, y del viejo órgano del templo se elevaban solemnes notas acompañadas por voces infantiles. De tanto en tanto se oían los estallidos de las bombas preparadas por el maestro Segundo García. Era fiesta de grandes y de chicos. Fiesta de familia. El recuerdo del nacimiento de la Madre por excelencia.



Mas, la fiesta mayor se reservaba para el ocho de diciembre. Es la fiesta de las vírgenes; de las niñas todas. De cuantos rinden pleitesía a la virtud. Fiesta de colores y de misticismos. Anunciada por el retumbar de bombas y estallidos de cohetes.

Desde las vísperas había iluminación de los frentes de las casas; en las ventanas lucían cortinas blancas; se ofrecían cenas en que se brindaba regocijadamente. La mesa se ampliaba para

dar espacio a toda la familia, aumentada con los parientes llegados de lejos. Era la fiesta de la familia.

El propio día ocho: procesión, cánticos y loas.

Nos parece que las loas son reminiscencia de la tradición de los autos sacramentales, que comenzaban el día de Corpus y seguían toda la octava, según lo describe, con mano maestra Mesonero Romanos. Fueron las fiestas de la Concepción la ocasión para que se distinguieran los rostros más bellos y las voces mejor moduladas:

*Gloria a ti, Virgen María,
Por ti triunfé del infierno;
Por ti, hijo soy del Eterno;
Gloria, gloria, ¡oh Madre mía!*

Y avanzaba el desfile y más allá, se improvisaba otro altar; subía otra niña, coronada de rosas la cabeza, toda trajeada de blanco y celeste, luciendo la belleza de su rostro y desgranaba su canto:

*Tu concepción triunfante,
Doncella venturosa.
Tu concepción hermosa,
Mi voz ensalzaré.*

Nuevamente cargaban sobre los hombros las andas, sobre la cual se balanceaba la bella Imagen y se recorría otro trecho, para volver a detenerse y oír otra loa:

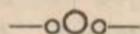
*Dulcísima Virgen
Del cielo delicia,
La flor que te ofrezco
Recibe propicia.*

Y sobre la Virgen caían, como lluvia de mayo, los pétalos de rosa.

Algún vecino de rango, contrataba a los mejores cantantes; hacía llegar buena pólvora. En la esquina de su casa se detenía la procesión. El armónium portátil acompañaba a las voces, y luego subía a la tribuna improvisada, la bella niña que decía:

*Corramos fervorosas,
Con flores a porfía;
Con flores a María,
¡Que madre nuestra es!*

Y lanzaba flores al aire en forma de saludo y devoción.



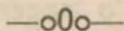
Los imagineros, artistas consumados o principiantes, han ensayado a reproducir las imágenes de la Virgen con las concepciones más atrevidas. Pero todos han sido movidos por la piedad. Poetas, escultores, doctores de la Iglesia, todos han querido dejar constancia de su devoción a María. Unos cantan su dolor de madre; otros su triunfo de Reina de los Cielos y la Tierra. Todos admiran su poder, su grandeza espiritual, su belleza corpórea que rivaliza con la dulzura de su alma. Digna como mujer e incomparable como madre. Sublime como abogada.

El Salvador de los hombres, —dice Donoso Cortés, en su exaltación a María Santísima, como el tipo perfecto de la mujer,— puso a Magdalena debajo de su amparo y cuando hubo llegado el día tremendo en que se anubló el sol y se estremecieron y dislocaron dolorosamente los huesos de la tierra, al pie de la cruz estaban juntas su inocentísima madre y la arrepentida pecadora, para darnos así a entender que sus amorosos brazos están abiertos igualmente a la inocencia y al arrepentimiento...

EL PORTAL OLÍA A HUERTO EN FLOR

No alabes ni desalabes hasta siete navidades, reza el viejo consejo popular. Suspéndase todo juicio respecto a si hoy día se celebra mejor la fiesta de la Natividad del Señor o hubo más regocijo y mayor fe en los años ya lejanos, que vivieron nuestros abuelos. Y no es que nos apeguemos al decir de que los tiempos viejos fueron mejores. Miramos retrospectivamente y alcanzamos el horizonte de medio siglo atrás y nos parece que si había entonces menos cosas bellas, se vivía mejor la tradición hospitalaria, humana, costarricense; la sencilla e ingenua fraternidad nacional, que permitió a nuestros mayores llamarse hermaníticos. Y esos tiempos ya pasaron...

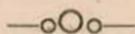
El mes de diciembre se esperaba con ansia. Es el de la recolección del café maduro, en que grandes y chicos encuentran la oportunidad para ganar algún dinero para los gastos de ropa del año. El de los matrimonios, cuando sellan sus promesas de amor los enamorados. El de los estrenos y las fiestas hogareñas. El de los papalotes que hacen las tardes alegres a los niños. El de los portales o nacimientos y los pastores. El de los paseos y las melcochas. El mes en que, mientras de los añosos higuerones se desprenden las grandes hojas coloreadas de amarillo, que vuelan por la plaza pública y las calles adyacentes, produciendo un ruido como enjambre en vuelo, se visten de rojo las pastoras, justamente llamadas flores del Nacimiento.



Apenas pasaban los temporales de Todos los Santos, —fines de noviembre, mes llorón—, ya se comenzaba a pensar en el portal, la devoción cristiana que se heredaba de padres a hijos.

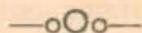
Simultáneamente se pensaba en la chicha y en todos los menesteres colaterales... La encalada de la casa. El rosario del Niño. Los faroles y las cortinas para adornar la fachada del hogar; las frutas en sazón; el maíz, alpiste y linaza germinados para simular campos de labrantío o para simple adorno; la uruca y las parásitas que debían buscarse en las partes altas y lejanas; el bizcocho, las tanelas y el pan dulce casero; los villancicos y las pastorelas. ¡Ah! También los estrenos. Era de rigor ir a la Misa del Gallo o sea la de medianoche, llevando ropas nuevas.

Tres grandes solemnidades religiosas obligaban a las gentes de antaño, a vestirse de gala: la Natividad, la Semana Santa y la fiesta patronal. Pobres y ricos debían lucir sus mejores atavíos. Por lo menos se volvían las ropas mejores al revés o se les hacía algún arreglo que las diferenciara. La pobreza no riñe con la habilidad ni la diligencia. Nuestros viejos tenían presente el refrán: "Lo viejo guarda lo nuevo". También puede sustituirlo.



Del entretecho o del cuarto de los *chunches* viejos, iban saliendo los cajones, llenos de telarañas y polvo, donde se guardaban los encerados, las figuras de porcelana, de trapo o cartón y los otros adornos del portal. Había objetos centenarios—, heredados de los abuelos. Algunos debían ser reparados o sustituidos. Los ratones solían hacer nido en ellas y profanaban los objetos allí conservados, para llenar su necesidad de alimentación. Ignoraban que eran cosas benditas. Solamente las tres Divinas Personas, los Reyes y los Magos, cuando los había y los ángeles, se solían guardar bajo una campana de vidrio, en la mesa de la sala o el dormitorio principal. Con todo, había que pensar en enviar las imágenes donde el retocador o el escultor lugareño, había que ordenar la reparación de un dedito del Niño, o el pie de uno de los Reyes Magos o una ala del Arcángel. Las imágenes debían lucir como nuevas. Era

una forma de rendirles pleitesía y de confirmar la fe cristiana de aquel hogar.

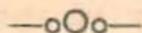


Con anterioridad se había puesto a nacer el maíz, la linaza, el alpiste, o los frijoles, en trastos o latas viejas, para que estuvieran los tallos verdes, levantados a la altura de un decímetro, para adornar el portal y también para simular milpas y sembradíos de cultivos anuales. Eso era tan indispensable, como dejar sazonar los ayotes más grandes o los racimos de bananos de más de ocho manos, las naranjas, las toronjas y las limas; los cohombros y las granadas; todas las frutas que podían darle al portal aspecto y olor de huerto. La uruca y el ciprés también contribuían a darle aspecto de campo bien cuidado. La lana fresca, las parásitas recién traídas de la montaña, completaban el paisaje de fresca umbría. De floresta.

El peón más casero o los amigos de un distrito aledaño al bosque, eran los encargados de acarrear esos materiales. Los vecinos que tenían la devoción del portal contribuían con las frutas maduras.

Las personas mayores del hogar, incluyendo al personal de servicio, se encargaban de preparar casitas de cartón y muñecos de trapo. Los más hábiles de manos trataban de reproducir escenas vistas poco antes: una corrida de toros, un circo, etc. Lo importante era colaborar. Tratar de que el portal de la casa fuera proclamado como el mejor, el más llamativo.

Mientras el hábil enjalbegador daba sus últimas pasadas de hisopo a las paredes, puertas y ventanas, que lucían como Hijas de María, de blanco y azul, las bandadas de *chucuyos* formaban gran ruido, desfilando en busca de otros lares, huyendo de la crudeza del invierno. Con ellos alternaban las golondrinas y también los patos.



La tarea demandaba tiempo y paciencia. El portal se ejecutaba con amor. Por eso salían de las manos toscas, primores

de miniaturas. El ingenio popular se manifestaba en la reproducción de escenas y eran de oírse diálogos como estos:

—¿María, teñiste los encerados de verde, rojo y amarillo?

—¿Pedro, estarán bien rojos los cohombres antes de quince días?

—¿Habrá suficientes limas sazonas donde ña Juana? Ella necesita para su portal y también para el de su hermano Joaquín. Hay que solicitárselas con tiempo...

—Sebastián: no te olvides de encargar la lana y las parásitas, lo más pronto. Siempre conviene dejarlas en el patio unos días, para que se salgan los alacranes.

—También hay que mandar a cortar el ciprés y la uruca.

—¿Muchacha, te acordaste de encargar la carne de choncho, la manteca y los chicharrones para los tamales y el bizcocho? Debes aligerarte, porque pueden terminarse. Siempre hay encargos anticipados.

—¿Ah, te acordaste de la ramazón de tujete para limpiar el horno? Recordá que ya no se ve...

La respuesta era:

—Descuide señora, que todo está ordenado. Hasta se encargaron los cohetes, las bombas y las sartas y recámaras para el rosario del Niño; se habló al rezador, los músicos y los cantantes de alabados y villancicos. Descuide, que la devoción no se olvida...

—oOo—

Las *pastoras* seguían vistiéndose de rojo encendido, mientras carreras iban y venían, adelantando los preparativos para la fiesta navideña. Inclusive se preparaban los faroles o las linternas a fin de iluminar el frente de la casa. El poblado debía tener, la Noche Buena, aspecto de fiesta. Algunos podían adquirir farolillos chinos; otros los hacían con marco de madera y papel de color. Hasta las modestas linternas de uso casero salían a relucir.

—¿Qué novedad prepara para este año, mano Juan Pedro? Tiene tanta inventiva y es tan devoto, que no dudo de que irá derecho al cielo; con todo y caites... Añadía alguien.

—Estate, tené paciencia. Ya verás la sorpresa de es año. Algo me conseguí donde don Pedro Hurtado. Don Pedro explicamos, era tan estimado que nadie le quitaba el "don Solía viajar a su patria Guatemala para traer jubones grises chaquetones adornados con ribetes negros; *bandas* moradas, o las que se lucían en las grandes solemnidades. Él también hac su portal y se preocupaba por ofrecer sorpresas. Por su sus negocios, el de San José y el de Desamparados, crecía como la espuma. Allí había de todo, como en botica. Lo mismo se podía comprar el pan dulce elaborado por los Arburolo espumoso y rico, como los frijoles más limpios y brillantes, el caldo espeso; la medicina de urgencia o la mortaja del niño Todo. Sus dependientes, Juan Pablo y Secundina, sabían atender a la clientela. Eran como pan dulce...

—oOo—

Con anilinas alemanas, de diferentes colores, se teñía e aserrín para dejarlo secarse y después espolvorearlo sobre la encerados, previamente engomados, a fin de simular campos verdes, caminos rojos o rocas amarillentas. La mano de Dios hace de todo. Lo importante es copiar su obra, rica en color y en formas inimaginables.

—¿Qué son esos parchones, como de vieja con colorete niña?— preguntaba un chusco.

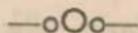
—Ya verá las peñas que voy a representar, como las de Tablazo. Con arcillas de varios colores. Sólo me hace falta algo de morado. Ya me las compondré para dar ese tono.

—oOo—

—¿Sabés la última noticia? Inés, La Cancancho, está preparando los Pastores. Se aburrió de estar allá en Puriscal, — como empleada—, y se vino con los hijos llenos de anquilosomas. Para ver si pueden devolverles la salud está en esa tarea. Pone toda su fe. Ella misma ensaya los villancicos. Samuel Ureña los acompaña con su acordeón. Su hermana Tita

prepara los trajes de colorines. Concurren muchos jóvenes del Centro y de los distritos. Todas las tardes se oyen los cánticos:

*Venid, pastorcillos,
Venid a adorar,
Al Rey de los cielos,
Que ha nacido ya.*



Conforme avanza diciembre, la Estrella del Niño gana en brillantez, como el Lucero del Alba. El cielo se viste de arreboles y cada tarde rivaliza con la anterior, en la puesta del sol.

Los afanes hogareños se intensifican. Hay deseo de servir y de honrar a Dios. Lo que más agradece el Niño Jesús, es la fe.

*Sin ricas ofrendas
No temáis llegar;
Que el Niño agradece
La fe y voluntad...*

Las panderetas suenan. Huelen los hornos, que dejan escapar sus vahos calientes, olorosos a masas y dulce quemados. Ya estamos en las vísperas y se dan las últimas vueltas:

*Pronto, pastores
Ramas y flores.
La Cruz de Mayo
Nos llama ya...*

El reloj de las estrellas anuncia la mañana y el Oriente colórase de grana... Hay olor a huerto en flor. Lucen los portales, como nunca. Nubes blancas y arreboles; ángeles y querubines parecen descender del cielo. Poblados perdidos en montañas imaginarias; ciudades en miniatura. Monjas y frailes parecen acercarse a las diminutas iglesias de cartón. Allá un elefante, más alto que la torre de la ermita vecina; acá un

caballo de metal parece trotar; aquí un turno animado; en fondo un circo a campo raso. Unas figuras desproporcionadas. También un mercado, donde las frutas son más grandes que las vendedoras. Anacronismo y desproporciones se observan. Pero todo eso da colorido al portal. De una roca salta un riachuelo, simulado con papel azul; cerca un pequeño lago, que da apariencia un vidrio; un viejito pila café; las aspas de un molino pequeño, giran pausadamente. Caminillos rojos amarillos cruzan de aquí para allá y parecen perderse en el verde de la montaña.

En el fondo, a gran altura, se representa un cielo. Pendiendo los ángeles y serafines. El ángel mayor, —una muñeca de niña de la casa, con un gran rótulo dorado: "Gloria in Excelsis Deo".

Un humorista pregunta, al leer esas palabras:

—¿Dónde está la chicha, que no la veo? ¿Es de maíz de piñuela?

—Espere, que está fermentando...

—Pero, señora, por las vísperas se saca el día...

—Si anda engomado, vaya a la taquilla...

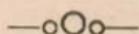
—oOo—

Comienzan a llegar las visitas. La casa, toda, está de fiesta. Siguen las carreritas, tratando de que todo esté bien dispuesto. En Noche Buena hay que abrir las puertas. Es noche de paz. Las alacenas están provistas. Todavía en el horno hay brasas y salen vapores olorosos, provocadores.

La mesa del comedor principal luce mantel nuevo. Después de la *Misa del Gallo* se servirá la cena, para luego recogerse y esperar los regalos.

*Esta es Noche Buena,
Noche de no dormir...*

Que se recojan los niños, porque si no el Niño no les va a dejar regalos. Se acerca a la cama, la ve vacía, y sigue con su carga al hombro... Tiene mucho que andar...



Los portales de don Chico Núñez, ñor Joaquín Ureña, Tita Ureña, ña Eloisa Chaves y las niñas Flores, son muy visitados. Siempre hay cosas nuevas que ver.

Suenan los pitos de agua, las panderetas, los platillos de madera; los caracoles y las campanillas. Hay aleluyas y enhorabuenas. Todo es alegría. Fiesta de paz.

Como en años anteriores, los labios rugosos, con sabor a miel, musitan amorosamente:

*Del campo las flores
Gratas le serán,
Al que con su risa
Las hace brotar...*

Estallan las bombas; dibujan líneas de luz en el cielo, los cohetes. Se respira un aire fresco, reconfortante. Es Noche Buena. ¡Noche de paz!



LOS DESTELLOS DE LA FRAGUA...

No se por qué, me ha venido al recuerdo, en esta hora, el nombre de María Hernández Ceciliano, una antigua servidora de la casa de mis padres, fallecida hace muchos años. Era nativa de San Miguel, pero vivió toda la vida en la Villa, siempre ocupada en oficios domésticos. Tenía manos privilegiadas y gran voluntad de trabajo. Encontraba oficio desde las cuatro de la mañana hasta las ocho de la noche en que se metía en la cama para descansar. Algunos años estuvo en la casa cural, como empleada del Padre Matías Zavaleta, y muerto éste, pasó a la de mis padres.

Atendía todos los menesteres de la cocina; hacía el lavado de la ropa; *pilaba* el café y lo tostaba cada semana; también el cacao; desyerbaba a ratos el jardín; iba al cafetal a recoger *charramascas*; cuidaba la pequeña huerta y le quedaba tiempo para hacer sus cigarrillos, prepararle muñecas de trapo a mis hermanas y rezar el rosario, en familia. Olvidaba que también remendaba las ropas y en los días de *cogidas*, iba un rato al cafetal, para no perder la costumbre, decía ella. En poco tiempo medía varias *cajuelas* del grano. De vez en cuando le pedíamos que nos narrara un cuento y echaba a volar su imaginación...

¡Cómo recuerdo sus sabrosos potajes! Sus tortillas del tamaño del comal, bien tostadas. Sus *gallitos* entre horas. Los refrescos de naranja al mediodía. Los embustes que guardaba en la alacena.

Le alcanzaba el tiempo para todo y le sobraba hasta para ir a hacer una corta visita. Ella lo explicaba: —Al que madruga, Dios le ayuda.

El único día del año que María Hernández no trabajaba era el de San Miguel. Muy temprano se iba a su pueblo para

asistir a la misa mayor y acompañar al Santo durante la procesión. La excusa era que de paso, "le daba una vuelta a sus familiares". No quería olvidarse ni de su Santo Patrón ni de sus parientes que vivían a la vera de la ermita.

Nunca fue con las manos vacías. Llevaba golosinas, ropo lo que podía adquirir con sus ahorros. Repetía: A las cosas ajenas no se debe llegar con una mano sobre otra. Para todos sus familiares tenía una broma, un abrazo, cuando no alcanzaban los regalos.

Un año se le ocurrió llevarme para que presenciara la fiesta de San Miguel. Pese a la confianza de que gozaba en mi casa, hubo sus dudas, porque "yo daba tequio". Había que hacer un largo recorrido a pie y solían presentarse bochinches en las horas de la tarde, cuando las bebidas espirituosas se subían a la cabeza. Pero ella ofreció cuidarme bien.

Dicho y hecho. En esa ocasión se armó una pelea mayor y resultó muerto Eliseo Jiménez, el ayudante de la herrería de Jesús Jiménez, situada en "La Raya". Unos tragos, una discusión y un puñal certeramente clavado. Eliseo se desplomó y nadie supo quién fue el causante de su muerte. Las gentes comentaron: — El diablo metió la mano. Muchos lamentos y muchas lágrimas y en definitiva, una familia huérfana.

Azorín dice que el fuelle hace: fa-fa-fa-fa y que los martillos cantan. Aquella tarde fatal, los martillos de la herrería se enmudecieron. Las llamas de la fragua parecían lastimeros ay ay ya que se agitaban, adelgazándose al ganar altura. El taller estaba de duelo. Ya Eliseo no veía más los destellos de la fragua, no oiría el canto sonoro de los mazos golpeando sobre los hierros candentes, contra el yunque.

Recordar es vivir. Pero los recuerdos tristes sería mejor olvidarlos, enterrarlos en lo más hondo del corazón.

La muerte de Eliseo, que solía ponerle casquillos a los cascos de mi casa, me acongojó por largo tiempo. Veía la escena espeluznante. Pasaron los años. Salí del pueblo, donde pasó mi infancia y nunca más volví a ver los destellos de aquella fragua.

SILVINIA, MARÍA LUISA Y ÑA MICAELA

Eran inseparables. Estaban juntas en la iglesia y también en los rezos de nueve días o los rosarios caseros.

Silvinia era una gran rezadora. La buscaban para sacar almas del purgatorio porque tenía un gran repertorio de oraciones, salterios y letanías. No faltaba en la primera misa de la aurora ni en el rosario del Ángelus. Podría decirse que pasaba el día entero en la casa de Dios. Se encargaba de encender velas y candiles.

Solía detenerse en la casa cural donde le daban su *gallito* y después rumbeaba a su casa, camino a "La Raya". Allí se entretenía haciendo cigarros con tabaco *Iztepeque* o preparando escapularios.

Generalmente andaba del brazo de María Luisa, que tenía los ojos nublados por las cataratas y con ña Micaela, ciega ya mayor, que vivía vecina a la iglesia, en el costado norte. Cuando no iban por ella hacía el recorrido sola. Ya conocía el trillo.

Las tres rezaban a coro. Sus voces sobresalían, así estuviera llena la iglesia. Hasta los golpes de pecho sonaban fuerte.

Si había difunto, ellas tres rezaban los nueve días. La verdad es que tenían su oficio en el pueblo. Sacar ánimas del purgatorio. Y como eran buenas, se tenía fe en que sus oraciones eran escuchadas.

Sólo a Porfirio García Monge se le ocurrió mofarse de las rezadoras. A Silvinia, como era coja, la llamaba la Renca y a las otras dos, la Tuerta y la Ciega. Cuando se le ocurrió divertirse y divertir a las familias jugando títeres, hizo unas cabezas de poró seco, imitándolas o por lo menos dándoles sus nombres. Alternaban con los tradicionales Perico, Cristóbal y Rosita. Y desde luego con la Muerte y el Diablo.

Más tarde Porfirio entró a la seriedad y fue a Londres a estudiar sastrería y de regreso fue profesor de inglés. Pero no perdió el humor. Nació para reírse de las gentes y de sí mismo. Para seriedad, solía decir, basta y sobra con la de las imágenes.

Han pasado generaciones, pero los nombres de Silvia, María Luisa y ña Micaela, siguen vivos en el recuerdo. Así en la otra vida deben estar juntas, reza que reza. Pidiere por las gentes de acá, que andan descarriadas, como ovejas sin pastor.

SEGUNDO BOMBERO

En Desamparados se recuerdan dos Segundos, que nunca fueron primeros: Segundo Gamboa y Segundo Bombero. Este era polvorista. Llegó de Cartago y se acercó a la villa. Como lo hicieran Rafael Solano, Juan Pablo y Cundila, estos últimos dependientes de don Pedro Hurtado.

Antes de contar con sus servicios, para anunciar y celebrar las fiestas de los Santos mayores o sea los de la devoción parroquial, se usaban los *pedreros*. Un carrizo de metal fuerte, al cual se le abría una hendidura hacia la base. Se cargaba de piedra, pedazos de teja o ladrillo, dejando en la base un poco de pólvora, conectada con una mecha que sobresalía un tanto. El encargado de encenderla, aplicaba su mecha encendida y salía corriendo, para escapar de la lluvia de pedrines. La tarea era despaciosa, pero llenaba su función. Hacer ruido en los aires para anunciar que había fiesta de iglesia. Alguna vez supimos que Segundo Bombero tenía su propio apellido: era García, pero por su oficio lo distinguieron con el remoque de Bombero. La verdad es que nadie podía confundirlo con el otro Segundo, que era expendedor de carne, jugador de gallos y lazador de toros. Amén de hombre muy enamorado. Con varias mujeres y mayor número de hijos. Para todos tenía carne de olla y cuando los niños se alzaban un poco del suelo, también ocupación. Para Segundo Gamboa lo peor que podía suceder a una persona, era estar vagabunda. La vagabundería, según él, creaba mala sangre.

Segundo Bombero vivía haciendo bombas, sartas, cachiflines y hasta figuras mayores para las fiestas patronales. Tenía su gracia. Algo sabía de combinar minerales para producir pólvora.

vora negra o de color. No sería tan hábil como los Chaver de Heredia, pero era experto.

Su casa olía a pólvora, azufre y cera. Era un revoltijo de armazones, de mecates, pedazos de caña hueca, morteros, papel blanco y de color y desde luego *cabuya*. Cuando no tenía un contrato que cumplir, se dedicaba a preparar cáñamo bien encerado o simple cordel.

Eso sí, todo se paralizaba cuando se juntaba con su vecino Baltazar Valverde, hombre riquillo y alegrón. Se dirigían a la taquilla más cercana y libaban licor nacional hasta sentirse dando vueltas. Entonces regresaban abrazados, soltando gritos estentóreos: ¡Viva la Virgen de los Desamparados! Más de una vez estuvieron a punto de caer en manos de la policía, por escandalizar. ¡Como si vivir a la Patrona fuera cosa mala decían ellos!

Pensamos que a Segundo Bombero salieron a recibirlo muchos Santos, cuando arribó al cielo, porque en su vida no hizo otra cosa que preparar pólvora para festejar sus días.

LA VENERABLE INSTITUCIÓN DE LOS SERENOS

La preocupación por el orden, el ornato, la seguridad y el progreso de nuestros pueblos puede constatarse en los Reglamentos de Policía, las Ordenanzas Municipales y también en los Reglamentos de Hacienda.

A mediados del siglo pasado, cuando era escasa la población del país y escasos los bienes, los nacionales y los particulares, se organizó el servicio de los serenos, que debían cuidar a las gentes que dormían. Tenían funciones muy parecidas a las patrullas de vigilantes.

Las obligaciones de los serenos estaban bien determinadas en el Reglamento de Policía. La principal era iluminar las calles en las noches oscuras, desde las siete de la noche hasta las cinco de la mañana, cuando comenzaban a cantar los gallos. Lo hacían por turnos; dos se encargaban de una manzana. Cada cinco horas había relevo. Cuando era preciso debían auxiliar a las patrullas de vigilantes.

El sereno debía llevar un pito en el bolsillo y alguna arma blanca. La *cutacha* fue siempre símbolo de autoridad; como el bastón para los alcaldes o la tajona para el policía.

Dos serenos se situaban en una esquina de la manzana, con la obligación de mirar cada uno un frente y en las noches oscuras debían caminar de un lado para otro, poniendo atención a cualquier sospechoso que apareciera.

Avanzada la noche revisaban las puertas de las casas y negocios para constatar que estaban bien cerradas y en caso contrario, debían despertar al propietario para que las atrancara bien.

De no oír o ver al sereno vecino, debía tocar el pito fin de que el otro contestara, probando que no estaba dormido o había hecho abandono de su puesto.

Debían dar las horas, en forma cantada y cristiana:

—Ave María Purísima; son las doce de la noche. Buen tiempo. Todo está tranquilo. Sereno...

Pero no solamente la vigilancia nocturna era la obligación de los serenos. En las horas de la mañana, o de la tarde lo preferían, debían revisar los faroles, colgados de las paredes o situados a la orilla de la calle sobre postes de madera labrada. Debían limpiar los vidrios y colocar la candela. Más tarde cuando se usó el *canfín*, tenían que preocuparse de llenar el envase, recortar el carbón de la mecha y limpiar los vidrios laterales.

A eso de las seis de la noche, había que hacer un recorrido, con la escalera al brazo y el encendedor listo para iluminar el poblado. Por lo menos la parte central. Era obligación conocer el Reglamento y recibir, por inventario, los faroles y los implementos de trabajo.

La iluminación solía contratarse con un empresario, bajo el cual estaban los serenos, así como tenían un jefe a quien obedecer. Al terminar la jornada era preciso consignar los servicios especiales prestados y también dejar nota de las ausencias.

Algunas veces se contaba con un sereno dueño de caballo que debía mantener de su cuenta, para servirse de él durante su turno de vigilancia.

Debían cuidar de la seguridad del vecindario y también de orden. Si alguna persona tenía que salir a buscar un médico o un sacerdote o una comadrona, el sereno debía acompañarlo.

En las cabeceras de las ciudades, el sereno solía lucir su uniforme: casaca o levita corta, pantalón de paño, sombrero negro, ahulado, con una cucarda pequeña, de hoja de lata donde se podía leer: *Compañía de Serenos*. Además lucía los colores del pabellón nacional.

La paga era poco menos que ridícula. Casi que se pertenecía a la Compañía de Serenos por cumplir una obligación cívica. Servir a la comunidad.

—Serenos... alerta está. Buen tiempo. Ya amanece el día...

—Ave María Purísima...

Y el sereno daba por terminada su tarea, para volver a emprenderla al tocar las campanas de la iglesia el Avemaría... La hora del rosario, en los hogares cristianos.

Y en medio de la soledad de la noche, el sereno, para espantar el sueño o simplemente probar que estaba en vela, cada tanto repetía:

—Serenos... alerta está. Es la una de la mañana. Todo tranquilo...

—Avemaría...

POLICÍAS Y FAROLEROS

Rumiando el tiempo venimos a caer en los modestos pero importantes servicios que prestaban a las villas los celadores de orden público. Policías de Villas y Pueblos reza el renglón que en las Memorias de Gobernación se refiere a ellos.

Debían presentarse temprano a la Jefatura Política para recibir órdenes e informar sobre los sucesos ocurridos en las horas de la noche, mientras estaban en servicio. Debían recorrer las calles principales, mirar que en los establecimientos de licor no hubiera vagos y menores de edad. Que en las tardes no hubiera juego de dados o naipes. Si alguien escandalizaba, perseguirlo, y si insistía, conducirlo a la cárcel. Si se trataba de un beodo, el problema era mayor porque se resistía y hasta podía agredir a la autoridad. No puede olvidarse la obligación de recoger los ganados que andaban sueltos por las calles o pastaban en la plaza. Debían soguearlos y conducirlos al fondo. A veces podía correrse el peligro de que una res fuera brava y corneara a diestra y siniestra.

Otra tarea a cumplir era la de velar por el alumbrado público, mientras fue de faroles. En las tardes había que limpiarlos y colocarles la candela de ocho en libra. Al oscurecer había que encenderla y durante la noche, velar que no se apagara. Escalera al hombro tenía que caminar el policía de turno, lloviera o tronara. Tuviera capa o no.

Generalmente el cargo de policía lo servían las mismas personas, ya con práctica; salvo cuando había cambio de Gobierno. Podría decirse que había turnos cada cuatro años, salvo cuando el policía se apuntaba bien en política.

De mi tiempo recuerdo a Ricardo Monge, Nicolás Valverde a quien habían creado en la Casa Cural, en los tiempos de

Padre Zavaleta; Francisco Madrigal, Samuel Ureña, Eugenio Castro, a quien tenían el apodo de Chispa; Salomón Mora, Luis Naranjo, Adán Rojas.

Algunas veces debían hacer viajes a los distritos lejanos para cumplir una comisión. Debían ir a caballo, aunque no fueran muy buenos jinetes. Parecían músicos, comentaban las gentes. Tampoco las bestias les ayudaban mucho, pues generalmente eran trotonas y mañosas. Rucos de mala medra que se alquilaban barato.

El güeso de policía no era muy halagüeño: mal sueldo y mucho trabajo. Pero los policías gozaban de las simpatías de las chinas y cocineras. Un halago por lo menos...



MACHETES CONTRA ESPADAS

Nuestros campesinos, —con raras y contadas excepciones,— renegaron de la milicia. En muchos casos hasta repugnaban los galones. Se dolían de tener que abandonar la milpa, los bueyes y la vaca, para ir a la Capital a prestar el servicio militar obligatorio. No es que les faltara civismo. Lo probaron en 1856 y 57. Sin vestir mezclilla ni quepis, todos los varones que se enlistaron cumplieron como buenos patriotas. Cada soldado fue un héroe.

En contraposición, las mozas suelen suspirar por los galones, los entorchados y aun por el simple uniforme de policía.

La pasión por la milicia pudo nacer de la antigua costumbre de las listas o revistas de veteranos y reclutas, que solía verificarse los primeros o segundos domingos en las plazas de las villas. Llegaba un Comandante y pasaba lista de los presentes, ordenaba algunos ejercicios y finalmente escogía un número de jóvenes, que habían cumplido la edad reglamentaria y debían prestar servicio.

Unos daban un paso al frente, de buena gana. Había interés en dejar el machete para llegar a manejar la espada. Los más aceptaban la escogencia como un deber ineludible y no pocos, acudían a sus padres para que buscaran la forma de librarlos de ir al cuartel.

Cuando el Comandante ordenaba tomar el camino hacia la Capital, se oían los gritos de los reclutas. ¿Gritos de miedo o de rebeldía? ¡Vaya a saber usted! Cada quien reaccionaba a su modo.

Más tarde irían los padres de los muchachos a llevarles la cobija y dejarles unos reales para caso de algún apurillo.

Don Francisco Núñez era el encargado de gestionar que se liberara a los rejejos de prestar el servicio militar. Tenía buenos entronques políticos y podía lograrlo.

Lo dicho no quiere decir que en Desamparados no hubiera quienes sintieran simpatías por la milicia y aspiraran a lucir galones y espada al cinto.

Ricardo Monge Chavarría fue policía y alcanzó el generalato, después de desempeñar varios cargos de responsabilidad en la capital. Desde los días del Presidente Esquivel dejó el bastón para lucir franjas negras o rojas en las mangas del uniforme. Y subió como la espuma. Fue hombre de confianza de varios presidentes y desempeñó con acierto comisiones de gran responsabilidad. Jefe de Policía, Edecán presidencial, etc. Sirvió cumplidamente.

Don Dídimo Fallas fue otro ciudadano que siguió la carrera militar. Abandonó su distrito de San Rafael para ir a cumplir con el servicio militar y se quedó. Fue ascendiendo hasta alcanzar el grado de coronel. Alguna vez fue jefe de la Guardia de la Casa Presidencial. Hombre prudente, sencillo y leal. Cuando se afiliaba al partido que perdía las elecciones, se dedicaba al comercio. Hizo dinero negociando con tabaco.

Siguió sus pasos Julio Fernández. Definitivamente dejó su casa del barrio de Cucubres, para seguir la carrera militar. Pocos años prestó servicio. En sus ratos libres empezó a desarmar relojes hasta convertirse en un experto. También negoció con granos. Levantó capital. Todavía se conserva el nombre de la Relojería Julio Fernández, que maneja uno de sus hijos. Hombre sencillo, esforzado, realizó su vida por esfuerzo propio. No completó los cuatro años de servicio.

Otro joven con aspiraciones, Próspero Abarca Monge, que se inició como miembro de la Filarmonía Municipal de la Villa, sirvió la Jefatura Política durante la Administración Tinoco y entró a la milicia, logrando el grado de coronel. Hombre atento, servicial. Cultivó la poesía y supo oír consejos. Hay que exaltar una virtud suya. Cuando en la Administración Picado se presentó una dificultad con las damas que rodearon la Casa

Presidencial en demanda de libertades, hubo orden de dispersarlas y entre ellas había algunas muy ancianas. Una de ellas Estercita de Mezerville. El coronel Abarca la ayudó a salir del multo. Cuando le objetaban su actitud, el coronel respondió:—"Como militar yo sé combatir contra hombres, pero para las damas sólo tengo respeto".

Otro militar desamparadeño fue José Emigdio Núñez, que llegó a capitán y fue hombre de confianza del Presidente Jiménez Oreamuno. Estuvo a su lado hasta verlo cerrar los ojos.

Nos cuenta el coronel Fallas que cuando entró al Cuartel oyó buenos recuerdos de otro desamparadeño, el periodista Abraham Madrigal Jiménez, que vistió galones.

También fue hombre de cuartel don Juan Luis Monge.

LA PROMESA INCUMPLIDA

No quisiéramos caer en la pena que acongojó al escritor colombiano David Guarín, a extremo de obligarlo a recoger la edición de su tomo humorístico: *Vida y Aventuras de un Santo*.

Lo que aquí relatamos no es invención nuestra; es el recuerdo de un suceso.

Una distinguida dama josefina, —no importa el nombre— había ofrecido la promesa de visitar el templo de Nuestra Señora de Desamparados, entrar de rodillas y besar los pies de la Imagen.

Ella tenía fe en la bondad de su Abogada. Le había hecho un milagro. Muchas devotas contaban otros favores. Tanto ponderaban sus gracias como la belleza de la imagen, traída de Guatemala por el presbítero don Juan Rafael Reyes, gran orador, y varias veces electo diputado. A lomo de mula cargó su precioso regalo para la Villa donde radicaba.

La devota josefina dispuso hacer el viaje en carreta, como era la usanza, después de mucho pensarlo. La acongojaban los rigores del sol en la mañana y los de la lluvia en la tarde. Se preparó el toldo y también el colchón para poder sentarse con mayor comodidad. El sacrificio estaría en recorrer el templo de rodillas.

Llevando un cirio en la mano y mascullando oraciones, hizo el recorrido. Tantas gotas de esperma se desprendieron de la candela, como avemarías de los labios.

Por fin estuvo frente a la Virgen que tiene un niño en los brazos, amorosamente. De sus ojos parecían brotar destellos de luz. Había un hálito místico.

La devota levantó el túnico bordado y fue grande su sorpresa. No pudo cumplir la promesa. El busto estaba colocado sobre un bastidor. La Abogada de los Desamparados no tenía pies...!

LOS CAMPANEROS DE MI PUEBLO

A Lilia Ramos, que saborea estas prosas.

Vuelvo la vista y el pensamiento al pasado. A lo largo de más de medio siglo surgen unos personajes olvidados, cuya memoria el tiempo descoloró.

Me parece oír el tañido de las viejas campanas de mi pueblo, pequeñas, pero sonoras. Las primeras que colgaron del campanario, de factura criolla; más tarde reemplazadas por otras de mayor rango, traídas de Europa. Algunas veces las repicaban juntas, como para que los feligreses las oyeran y distinguieran su sonido. Las primeras eran bullangueras; las otras más serias.

Las viejas campanas las golpeaba placentero, cada mañana, cada mediodía, a las seis de la tarde o la hora del toque de ánimas, el popular Capo. Sacristán y campanero. A ratos sastre. Policarpo Padilla era hombre baldado, pero su mal no le impedía servir en el templo parroquial.

Unas veces eran tres repiques para llamar a misa; otras uno largo y sonoro, para anunciar el entierro de un angelito; a veces eran tañidos lúgubres, despidiendo a persona mayor que entró al reino de la muerte; a las seis de la tarde se repicaba el Avemaría y a las ocho de la noche, se doblaba por el descanso de las ánimas benditas.

Por abril, las campanas hacían fiesta en el aire, con motivo de bajarse del altar mayor a la Patrona o salir a recoger la limosna anual la Imagen Peregrina. Entonces los repiques se acompañaban con estallidos de morteros o bombas.

Era posible percibir el ruido que formaba, dentro del templo cerrado, la "pata de palo" del Sacristán o el de su grueso

bordón. Apagaba la última candela, dejando las naves en tinieblas. Entonces los murciélagos revoloteaban muy a su gusto golpeando los cristales de los ventanales.

No faltaban vecinas que dijeran que las ánimas y las brujas solían encontrarse a esas horas, en movimiento y franca camaradería.

Un mes de campanas, llamaríamos a noviembre, que es también de las ánimas. La noche del Día de todos los Santos, e primero del mes, doblaban las campanas desde media tarde. Sudaban los campaneros a chorros. Se turnaban con los aprendices y los aficionados.

Resultaba para ellos motivo de fiesta. En el campanario se oían chistes y risas. Las gentes piadosas, solían enviar canastos repletos de elotes, *chayotes* y *tacacos* cocidos. Era lo que llamaban la merienda de las ánimas. Los campaneros llenaban el estómago, complacidamente. Se sentían bien retribuidos.

Capo enseñó a tocar las campanas a Juan Tonto, un pobre hombre que no tenía familia, ni oficio ni beneficio. Menos capacidad para ganarse el pan cotidiano. A lo sumo servía para hacer mandados o meter la leña a la cocina. Era el "trompo de ñiques" de la muchachada. Pero él prefería alejarse calladamente. Se hacía el sordo. Eso sí, para el repique de campanas resultó "nonis" y esa fue su ocupación. Sucedió a Capo.

Fue su rival Tobías Cadenas, que vivía por la calle que comunica con Alajuelita, muy cerca de la residencia del *gamonal* Indalecio Fallas, productor de "cal de concha". Y denunciante de bosques baldíos.

Tobías sólo tenía un compañero: su padre, entrado en años e inválido, quien en sus mejores tiempos solicitaba la caridad pública para llevar alimento al hijo. Hacía recorridos a caballo, por los caminos pidiendo por el amor de Dios.

El hijo resultó *medio puesto al camino*; renco y de cuerpo torcido y desmirriado, y como si fuera poco, también bizco. Pero nunca fue un vago. A más de campanero, solía tocar la matraca en los días grandes de la Semana Mayor; cazaba pájaros y los vendía en la capital, recogía paraguas y sombrillas

en mal estado, para repararlos. Era puntual en la entrega y más en el cobro de sus servicios.

En medio de sus pobreza, Tobías tenía su devoción: cada año organizaba un rezo en honor de Nuestra Señora del Socorro. La imagen la pedía prestada en la ermita del distrito de San Rafael y la velaba un día y una noche. El rosario era con música y pólvora. También cantos y alabados. Finalmente repartía *chicha*, *mistelas* y *tosteles* baratos. Las gentes bien asistían a curiosear.

Los tres campaneros pasaron a mejor vida, hace su rato. Ya nadie los recuerda y fueron útiles a la comunidad. Mansos y humildes de corazón; hasta soportaban resignadamente las ofensas y las bromas pesadas. Cuando cerraron los ojos, no doblaron las campanas ni hubo preces en el templo ni oraciones caseras encomendando sus almas. Se fueron en silencio. Estaban hastiados de oír el tañido de las campanas.

De ellos solía decirse, apreciando su ingenuidad, que fueron de los "que bailaron en Belén"...

LAS PRIMERAS NORMALISTAS

Desamparados ha sido una de las poblaciones que se ha distinguido por la cultura. Una municipalidad estableció, en el siglo pasado, una escuela normal. Otras han creado becas, han estimulado el progreso de la biblioteca; en fin, han cooperado en la obra educacional.

Hemos dicho que el ambiente cultural lo hizo posible el Padre Matías Zavaleta. Él trajo al pueblo a maestros de la categoría de don Francisco Picado, don Francisco Solano, don Francisco Núñez; para citar tres casos. Por el Padre Matías llegaba con frecuencia el maestro don José Campabadal. También eran frecuentes visitantes las monjitas de Cartago. Por el Padre Zavaleta llegaban de verano, en los meses de enero a marzo, don Ricardo y don Leonidas Pacheco, con sus familias y amistades. Así fue formándose un centro culto.

El Padre tenía su propia biblioteca. Libros de cantos de rados. También tenía su instrumento musical o caja de música que era lo que existía en el siglo pasado.

La jefatura política fue ocupada por hombres cultos como don José Aguilar, don Julio Solórzano, etc.

La alcaldía la sirvieron elementos distinguidos como don Ramón Castro Sánchez.

Se explica que, cuando el Colegio Superior de Señoritas abriera sus puertas, acudieron a matricularse tres jóvenes desamparadas: Emma Monge y Rosalía Mesén, de San Antonio y Julia Zamora, del Centro. Las tres se graduaron de normalistas. Figuraron en el pequeño primer grupo. Emma sirvió más tarde en el propio Colegio.

Podría hacerse una larga lista de varones que se graduaron en el Liceo de Costa Rica y otros en el Colegio San Luis

Gonzaga de Cartago y más tarde se convirtieron en profesionales.

Lo importante del caso es que tres desamparadeñas figuraron en el primer grupo de normalistas graduadas en el Colegio de Señoritas y todas sentaron categoría de magníficas estudiantes.

Toca a los desamparadeños de hoy y a los que sigan, preocuparse por mantener ese ambiente cultural, esa tradición, que ha dado nombre al cantón; que ha dado un gran escritor, un gran político, un gran latinista, un periodista de fuste, un togado de renombre* y ha seguido ampliando la lista de profesionales prestigiosos.

Los pueblos valen por sus hombres capaces y preparados, que son también los ciudadanos de mejor capacidad cívica.

1970

* García Monge, Máximo Fernández, Celso Gamboa Garbanzo, Abraham Madrigal y Juan Felipe Picado Zúñiga, respectivamente.

UNA MAESTRA: CARMEN FLORES VALVERDE

No la conocí personalmente, pero a mis oídos de periodista llegaron noticias de la magnífica labor que desarrollaba. Creaba en un ambiente modesto, en vez de sentirse amargada o proceder autoritariamente, apelaba a la bondad. Era como una madre...

Un día me llegó la noticia de su prematura muerte y escribí:

—Han pasado varios días y aún se llora la desaparición de la señorita Carmen Flores Valverde, maestra distinguida de la escuela de Desamparados.

¡Fue una tragedia! Uno de esos actos que parecen destinados a hacer pensar a los hombres en los designios superiores que no pueden contravenirse.

Mujer ejemplar en todos los aspectos de su vida; llena de juventud y de gracia. Realizó su propia cultura tras un rudo batallar. No tenían recursos sus padres; era muy modesto su hogar, pero ella se empeñó en ennoblecerlo, con su educación y su bondad.

Se graduó de bachiller y más tarde de normalista. Inició estudios de piano y también de canto, para servir mejor a sus alumnos. Su pasión era el estudio.

Fue triunfando en la vida, sin envanecerse ni perder sus hábitos de modestia y pulcritud. Su primera idea fue mejorar su hogar. Construir su propia casa. Instruir a sus hermanos menores.

Y con esa delicadeza de sentimientos, su labor de maestra era más notoria. No se limitaba a llenar un programa. Orientaba a sus discípulos y les daba fuerzas para luchar y sobre-

salir. Su ejemplo era la mejor lección. Se puede lo que se quiere.

Profundamente religiosa, servía a la iglesia con dedicación; ayudaba en todos los menesteres, porque comprendía que la tarea del hogar y la escuela la complementa la iglesia, cuando hay un concepto claro de lo que puede y debe hacer, en esa línea de actividades cooperadora.

Ya tenía ocho años de labor. Toda una página de éxitos... Había rodeado de comodidades a los suyos, privándose de las que pudieran creerse indispensables para ella. Primero estaban sus padres y sus hermanos. Hasta se empeñaba en dar enseñanza superior a su hermanita menor, con lo cual completaría su tarea. Entonces podría realizar la suprema aspiración femenina: formar su propio hogar. La felicidad la acompañaba.

No era posible mayor dicha. Vino la trágica enfermedad y en breves días terminó su existencia. No valieron los cuidados médicos, ni las promesas de todos cuantos deseaban que su existencia fuera tan extensa como eran de grandes sus virtudes. Cumplió su destino y recibió su premio. Las lágrimas resultan sobrando.

Se refiere que Carmen, presintiendo su próximo fin, dispuso que su póliza se endosara a sus hermanas menores, especificando que debía destinarse a su educación. He aquí un testamento de amor. Quien así pensó, se fue del mundo con la seguridad de haber ennoblecido su vida.

Viva su ejemplo perdurablemente y quienes en él se inspiren realicen el milagro de convertir sus buenas acciones en flores espirituales, gratas a la memoria de la llorada Carmen.



LA CALLE DEL CURA O EL PADRE SIN CABEZA

Eran aquellos *tiempos de fusil de chispa*, no tan distantes que digamos. Tiempos de oro y de alegrías en que nuestros antepasados, libres del aprisionamiento fastuoso de la moderna civilización, vivían a su modo, pobre y humildemente, pero siempre contentos y alegres.

Nuestro pueblo, formado de labriegos sencillos, conservó de los conquistadores que vinieron de la Madre España, en busca de oro y de tierras para aumentar el poderío del León Ibero, su amor entrañable al hogar, su fe religiosa y la zoncería particular que le hizo crédulo y creyencero.

A más de las fiestas de la Iglesia, que formaban lista en el año, nuestros abuelos celebraban con menos pompa, pero sí con más entusiasmo, dos festivales políticos: el 27 de Abril y la Independencia, esto es, el aniversario del golpe de cuartel del general don Tomás Guardia y el 15 de Setiembre, adoptado en Centroamérica como fecha de la emancipación política de España.

El programa era corto: bailes populares al aire libre y repartición de licor; estallido de cohetes y bombas; juegos; gritos, disfraces y de cuando en cuando, algunos mojicones, por copa de más o menos.

Y nuestros campesinos, todos, guardaban su pala y su machete, limpiaban un poco sus manos; blanqueaban a fuerza de teja sus agrietados pies y salían al anochecer a divertirse, con sus respectivas familias, danzando al claror de la luz que daban los faroles de *canfin* o los reverberos de manteca, al compás de las músicas de las marimbas, acordeones y guitarras.

Entramos en nuestra relación respecto al sucedido de la Calle del Cura.

Ñor Juan Rafael Reyes era el viejo más alegre del caserío de Patarrá y no perdía, por nada del mundo, los festivales de 27 de Abril y la Independencia, porque bastante tenía que sudar los demás días del año para atender su manutención y la de su prole. Había que aprovechar la ocasión para echar su canita al aire.

Por otra parte, en su caserío eran bastante recogidos, ajeno a todo. Sólo pensaban en la quema de la piedra de cal de concha, que les daba el sustento. Las fechas memorables pasaban casi inadvertidas, por lo que ñor Juan Rafael Reyes se veía obligado a ir hasta la villa para colmar sus ansias de diversión. Allí era cosa de ver: las *taquillas* permanecían abiertas la noche entera; los vecinos principales iluminaban los frentes de sus casas; en la plaza pública el entusiasmo no decaía hasta rayar el nuevo sol y la ilustre corporación municipal solía disponer el reparto del *guaro* a todos los ciudadanos para que vitorearan al Presidente. Y eso entusiasmaba a ñor Reyes, que muy a pesar de sus años, que ya eran bastantes, gustaba de amanecer en vela, bailando a ratos, libando copas, macullando su *chircagre* o un pedazo de *breva* o enterándose en los corrillos de cuanto ocurría o podría ocurrir y soltando de cuando en vez su gracejada, para no quedarse atrás, con los cuentos, enredos y chistes, que los contertulios iban enhebrando como para amenizar el rato.

Acertó a caer la fecha de la Independencia en domingo desde luego la fiesta fue el sábado en la noche, el día de ir a la plaza. Por las vísperas se saca el día. De antes y con antes, según el refranero popular, comenzó a pensar en la fiesta.

Ñor Reyes no podía prescindir de bajar a la *suidá* a mercar sus víveres para la semana, como lo hacía todos los sábados y menos dejar de pasar a la parranda. Había que compaginar la obligación con la devoción. Verdad es que podía *agilarse* por la calle de San Francisco y evadir la tentación de la Villa

pero sólo una vez al año se celebraba la Independencia y para el siguiente podría estar bajo tierra. Era preciso aprovechar la oportunidad, que por algo a la ocasión la suelen pintar calva. Ñor Reyes, —lo decía su mujer,— sería parrandero y bebedor, eso sí, buen cumplidor de sus obligaciones. Compraba el diario y lo que le quedaba libre, era lo que podía beberse en ron o guaro de la Fábrica Nacional. Cayendo y levantando podía llegar al anochecer a su casa, pero con su alforjas repletas, la provisión para la semana. También decía él: —Los almadiados todo lo pierden, menos la memoria.

Ella le perdonaba todo a su marido, porque en su alacena todo abundaba; porque nunca la hizo ayunar, salvo los viernes de cuaresma, por mandato de la Iglesia; ni tuvo que solicitar prestado, como le sucedía a su vecina, quien a más de sufrir hambres, solía recibir su ajuste en azotes, cuando el marido estaba de parranda.

Pues Ñor Reyes salió aquel sábado muy temprano, plumeando su yegua rosilla; vistiendo los trapitos de dominguear, los de coger misa. Lucía su *banda roja*, de seda, que le daba dos vueltas a la cintura y dejaba que las barbas salieran fuera del ruedo del chaquetón; sin faltarle el pañuelo floreado al cuello, ni la *realera* de puño de hueso y plata, compañera de los días de gran solemnidad. Reemplazaba a su arma de trabajo.

Estuvo en la ciudad; hizo sus compras; provocó más de una risa sabrosota con sus chistes y sus cuentos, matizados de refranes; sorbió sus copas, atendiendo invitaciones y al atardecer dispuso el regreso, pasando por los *Samparados*.

Ya preludiaban las marimbas y chisporroteaban los candiles, cuando hizo su entrada a la Villa, llevando sobre la albarda sus grandes alforjas bien repletas. En la casa del compadre Ñor Pedro, el matador, amarró su *ruca* sin desensillarla. Dejó a buen recaudo sus alforjas, la ramita de *espino* que le servía de espuela y la varillita de anono que hacía de fute. Tras un saludo en que pasó lista de todos los miembros de la familia, se dispuso ir a comenzar la juerga, relamiéndose de gusto. Lo primero sería tomarse su *jícara* de chocolate con bizcocho y *embustes*.

Bailó *fandango* y *punto*; sorbió copas; tuvo más de una disputa y pudo emprender el regreso, sano y salvo, gracias a la intervención de amigos que lo pusieron en camino, tocándole al corazón, con el recuerdo de la esposa y los hijos que lo esperaban. La bestia cogió el trotecillo a su gusto, porque sentía la rienda suelta.

Era la noche oscura y fría. El jinete dormitaba, balanceándose de un lado a otro, confiado en que la bestia conocía el camino. Pasó por San Antonio cuando los gallos cantaban. Un perro ladró y lo despabiló. Cuando cruzó el río Damas, apuró la yegua.

Próximo al recodo del camino, conocido por la Calle del Cura, donde entonces no había casas de peones, recordó las consejas oídas sobre la aparición del Cura sin Cabeza. Pero no era hombre que sintiera miedo. Las copas más bien lo envalentonaban.

Frente a la plazuela, donde se bifurcaba el camino, dirigiéndose el del Oeste hacia El Salitral (hoy San Lorenzo) creyó ver una ermita. Se restregó los ojos, una y otra vez a fin de comprobar que no estaba "viendo visiones". En eso sonaron las campanas. Ya no pudo tener duda y apeándose de su bestia, se introdujo al templo, que estaba a media luz. Todo fue bien, mientras no llegó la hora de que el Padre se volviera hacia los fieles para cantar el "Dominus Vobiscum". Entonces se dio cuenta de que sólo él estaba en el templo y también de que el Cura no tenía cabeza. Se levantó como un resorte nuevo y salió a la estampa.

Al pasar bajo el campanario, sintió que la campana caía sobre su cabeza. No supo más...

Los primeros boyeros que pasaron por la Calle del Cura, al amanecer, lo encontraron tirado a la orilla del camino, sin conocimiento. La bestia parecía resguardarlo y darle calor. Lo reanimaron y pudo contarles lo sucedido. Tenía que ser cosa mala, pues allí nunca hubo ermita.

Pronto cundió la noticia del caso y los curiosos llegaban para obtener más noticias y darse cuenta del estado de salud

de Ñor Reyes. Fantásticos comentarios se tejieron con ese motivo.

El tío Melitón, tenido por persona de buen juicio y don de consejo, definió el asunto: — Asechanzas del demonio. Ñor Reyes había asistido a sus propios funerales en castigo a sus liviandades. Debía ponerse bien con Dios y renunciar a las parrandas.

La moralidad pública ganó bastante. Llegó menos licor clandestino de Agua Caliente y hasta los hombres mayores, trataron de recogerse más temprano, no sin antes encomendarse al Santo de su devoción. Ñor Reyes, inclusive, renunció al mundo y sus pompas.

Han pasado muchos años y el suceso apenas si se recuerda, pero el trecho de camino sigue llamándose la Calle del Cura o la Calle del Cura sin Cabeza y los boyeros madrugadores, tratan de pasar por allí en grupo, no por miedo, sino por precaución.

A los niños se les repite la relación para que les sirva de lección...

EL HERMANO DE DON CAMILO

El caso ocurrió a principios del siglo. Yo era todavía un escolar. Solían reunirse en el establecimiento de mi padre, denominado "La Providencia", varios contertulios, entre ellos don Pío Vega, militar retirado; el maestro don Rafael Valverde Guerra, como Cervantes, manco; el vate y telegrafista don Domingo Monge Rojas; don Aquiles Gamboa, don Pedro López y en los meses de verano, se agregaba don José Daniel Flores Zavaleta. La lista resultaría larga. Muchos nombres se han perdido en la maraña del tiempo.

Yo, amigo de oír relatos de "aparecidos", una noche puse especial atención al tema de la charla.

—¿Saben la última noticia del Maestro Matamoros? Se referían al Director de la Filarmonía de la localidad. La bomba la soltó don Pío.

—¿Se casa con alguna desamparadeña?, inquirió don Aquiles, hombre de aventuras.

—No, es que una madrugada de estas, los boyeros que se dirigían a la Capital, llevando piedra y arena, lo encontraron tirado en el suelo, medio muerto. Trabada la lengua.

—¿Un asalto, acaso? — Inquirió otro.

—¿Un poco de licor entre pecho y espalda?, — dijo con malicia don Pedro.

—Algo peor, mal pensados. Es que se le apareció el Hermano de don Camilo.

Relátenos el caso. Nos interesa, porque hace tiempo se dice que en el potrero de don Camilo Monge, vecino a su casa de habitación, asusta el Hermano.

—El Maestro Matamoros terminó la retreta, guardó los instrumentos y se dispuso a hacer tertulia. Él mueve la lengua tan

bien como la batuta. A cada momento consultaba el reloj y decía que tenía que llegar a su casa esa misma noche. Alguien le preguntó si no le tenía miedo al Hermano de don Camilo y levantó los hombros despreocupadamente.

—Más miedo le tengo a los vivos, —repuso—. Los muertos no vuelven...

Los que lo visitaron en su lecho de enfermo, repiten sus palabras:

—Se despidió en cuanto pudo, pasó frente al Cementerio, sin abrigar temor alguno y siguió rápido, tratando de ganar tiempo. En el Cementerio no vio ni un fuego fatuo. Más adelante, la casa de don Camilo estaba a oscuras. Ni los perros latieron.

Entonces se acordó de la conseja del Hermano de don Camilo que solía aparecerse en lo alto del potrero, donde pastan los bueyes.

La noche era oscura. Los árboles del potrero tendían un velo negro. De pronto, comenzó a ver una luz que caminaba y parecía seguir sus pasos. No pudo articular palabra. Sintió la lengua como un torzal. Y no supo más. Se desplomó y vino a recobrar el sentido, al día siguiente, encontrándose en una cama del Hospital.

Los médicos intentaron enterarse de lo que había pasado, pero Matamoros no recordaba nada.

Dice que sintió un sudor frío; que se le relajaron los músculos y no pudo mantenerse en pie.

Los contertulios comentaron: eso es puro cuento de camino. Todos sabemos que los carreteros se levantan después de la medianoche para ir al potrero a buscar los bueyes, darles de comer y meterse al río o sacar arena. Más tarde enyugan para estar a la entrada de San José, cuando la corneta del Cuartel toca las cinco.

—¿Pero qué tiene que ver eso con el susto del Maestro Matamoros?, preguntó uno.

—Pues que seguramente Melesio, el hijo mayor de don Camilo, madrugó mucho y fue en busca de los bueyes. Como

no duermen en el mismo lugar tuvo que ir de un lado a otro con la linterna en la mano. Esa era la luz que se movía.

Conclusión, que no hay que creer en aparecidos, pero tampoco puede olvidarse el consejo del Cura: No hay que creer tampoco puede dejarse de creer.

Don Pío Vega, siempre festivo y punzante, agregó:

—La verdad es que yo no sé que don Camilo tuviera un hermano y menos que hubiera fallecido. Si lo tuvo, debió morir *allá para el cólera*...

Y soltó una carcajada, sabrosota, de esas que se prolongan y tienen eco...

LA CARRETA SIN BUEYES

Cuando yo apenas tenía edad escolar, solía oír con deleite y no pocas veces, también con temor, los relatos que hacían en la cocina de mi casa de campo, las empleadas y los peones, reunidos a la hora de la cena.

Más tarde también escuché los cuentos de camino y las consejas que solía relatar mi parienta Clementina Flores Zavaleta. Ella radicaba, con su familia, en Santa María de Dota, un vallecito enclavado en plena montaña, al cual rodea el río Parrita. Venía a pasar los meses de vacaciones en Desamparados o Cartago.

Clementina ayudaba a su hermano don Daniel en las tareas escolares, pese a sus pocos años. Era alegre, bulliciosa. Sabía tocar la guitarra y cantaba. Pero lo que más gustaba era oírla reírse. Lo hacía con sabrosura contagiante.

Cada vez que llegaba, traía nuevos relatos, nuevas canciones, de las que componían y cantaban allá en Santa María, los poetas y músicos locales.

Sentados en el amplio quicio de nuestra casona colonial, a la hora del Ángelus, nos aprestábamos a oírla, mis hermanas y algunas vecinas de su edad, que nos hacían compañía.

—Ahora, dijo una vez, voy a contarles el sucedido de la carreta sin bueyes.

—¿Dónde lo leyó?, le preguntamos.

—Me lo refirió la propia persona que se llevó el susto, precisamente, viajando de Santa María a San José. Les advierto que es una persona muy seria y valerosa.

Los carreteros suelen ponerse de acuerdo para viajar juntos por las contingencias que se les pueden presentar en el camino.

Siempre cargan su linterna, el caracol, un poco de unto para engrasar el eje de las ruedas y se hacen acompañar por el perro. Toda precaución es poca. Pueden asaltarlos o sufrir un accidente.

Desde luego, nunca les falta la cruceta al cinto. Sobre la banda de color morado, llevan la faja de cuero que sostiene su cuchillo, el cual les sirve para cortar una rama para pelar la caña para alimentar sus bueyes o para defenderse.

—¿Y qué le sucedió al boyero del cuento?

—Pues se aventuró a regresar solo, para ganar tiempo en el alto del Abejonal, empezó a oír una carreta, que avanzaba en sentido contrario, la cual dejaba percibir el sonido típico de las ruedas de hierro.

Los boyeros tienen su día de salir y también el de regresar. De modo de pasar el domingo en la casa. Como día de guarda de todo fiel cristiano.

Ñor Bartolo Ureña, que guiaba los bueyes, pensó en algún carretero que traía un enfermo de cuidado, o sea en un viaje especial. Cada vez percibía el golpe de la carreta más cerca. Hasta llegó a sospechar que les faltaba grasa a las ruedas.

Al paso de la carreta los perros ladraban. Eran como lamentos de animal asustado. Esto puso en guardia a ñor Bartolo. ¿Qué podría ser?...

Ñor Bartolo se santiguó una y otra vez, porque sintió que un sudor frío anegaba todo su cuerpo. Entonces sonó su caracol. Rezó la *Magnífica*.

Miedo no sintió, pero tomó dos precauciones: orilló sus bueyes hacia la derecha y puso su mano sobre la cacha del cuchillo. También besó su escapulario.

Atónito, precisó que la carreta que pasó a su lado no iba tirada por bueyes. Contaba que entonces sí sintió miedo. Hasta los pelos de la cabeza se le crisparon. Susto igual, comen- taba, no lo desearía a su mayor enemigo.

—¿Por qué se le apareció la Carreta sin Bueyes, siendo usted persona buena?, le pregunté.

—Es que yo vivía emancebado. Me salió un amorcillo y me encamoté tanto, que hice abandono de mi hogar. Dios quiso prevenirme de que había caído en desgracia moral.

Aproveché la lección. Volví aonde la vieja, nos perdonamos y santas paces. Tuve otra luna de miel...

¡Y el viejo zocarrón soltó la risa!

SAN MIGUEL... EL DEDITO

En los días ya lejanos, en que los costarricenses rendían honor al trabajo y también a su fe religiosa, sinceramente, fue costumbre evitar a los niños prolongados ratos de ocio. Si oscurecía temprano y caía lluvia, se les ordenaba ponerse a desgranar maíz y si faltaban las mazorcas, la madre revolvía café, maíz y frijoles, para ponerles oficio. La cuestión era que "no crearan mala sangre". Esto es, combatir la pereza. Al hermano mayor se le ordenaba rezar el rosario y que lo siguieran los otros, mientras escogían los granos para separarlos. Un medio de alejar los malos pensamientos. Las manos y la mente estaban ocupadas. Dios tenga en su santa gloria a mi abuela, que practicaba esas disciplinas...

Tampoco faltaban las costumbres tradicionales, de sabor religioso; ora en honor de San Juan, San Rafael o San Roque. La víspera de San Juan se consumía ponche casero y se ponían huevos en agua para ver qué figuras se formaban; la víspera de San Miguel se cenaba un pollito tierno..., etc.

Mi madre me contaba el caso de una persona de modales no muy recomendables, que era devoto de San Miguel. Por ningún motivo dejaba de engordar su pollito, así fuera mal habido, para cenar la víspera de San Miguel, en honor del Arcángel.

Cuando le llegó la hora final y se presentó a la puerta del cielo, llegó muy confiado en que tenía su protector, pese a que sus cuentas andaban no muy bien.

Tomar San Pedro la balanza para pesar las buenas y las malas acciones y presentarse San Miguel, muy sonriente, fue todo uno. La balanza cedía ante el peso de las malas acciones,

pero el Arcángel metía un dedo, disimuladamente, haciendo fuerza.

San Pedro se dio cuenta y dulcemente dijo:

—San Miguel... el dedito...

A lo que le contestó aquél:

—San Pedro... el pollito...

El Portero de la Mansión celestial franqueó la puerta al recién llegado y hasta le palmoteó las espaldas.

—o0o—

Años más tarde me enteré, por el Ofertorio de la misa de difuntos, que San Miguel es el introductor de las almas a la mansión de la luz perpetua.

Moraleja: durante nuestra vida terrenal es bueno ganar indulgencias, aunque sea con "avemarías ajenas..."

LOS DUENDES Y SUS TRAVESURAS

El Cura párroco estaba alarmado por la rapidez con que se terminaba la botella de vino que solía dejar en la sacristía para las consagraciones.

Una misa diaria y con el racionamiento que hacía el sacristán, poniéndose a tono con el avaro de su patrono, no era posible que exigiera la reposición tan rápidamente.

—Pero ¿qué pasa con el vino?, — interrogó el párroco, ya preocupado por el gasto, y pese a la honradez del sacristán de la cual daba fe.

—Tata Padre, para mí, son los duendes los que hacen el daño. Recuerde que hay unos de espíritu burlón y otros tienen algo de la maldad de los hombres.

—¿Cuáles duendes? ¿Pues no quedan bien cerradas la Iglesia y la sacristía, antes de oscurecer? ¿No guardas tú las llaves? ¿Por dónde penetran ellos?

—Padre, yo no los he visto nunca, pero sé por referencias que son muy chiquiticos, y se cuelan por cualquier rendija, cuando quieren dar tequio. Hasta por el ojo de una llave pueden pasar, según entiendo.

—¿A mí con duendes? ¿Qué prueba tienes? — insistió el párroco, que ya comenzaba a tener sus dudas.

—¿No se ha dado cuenta señor, de los pequeños pies que aparecen marcados todos los días, por el piso de la sacristía? Dejan una huella blancuzca, que yo he venido observando día tras día. No me cabe duda de que aquí andan los duendes.

—Ante la insistencia del sacristán, el bueno del cura, que tenía muy presente su constante reconvención a los feligreses, en ciertas consultas sobre brujas y aparecidos, —no hay que

creer ni se puede dejar de creer,— dispuso ponerse en asecho, para pescar a los duendes. Sería ocasión para dar fe de su existencia.

Comenzó a dar el vino medido, para el día, preventivamente.

Por lo visto, los duendes no volvieron, porque la ración no disminuía, pese a que se colocaba desde la tarde.

Entrando en confianza, volvió a dejar la botella en la sacristía. Y nuevamente notó que disminuía muy rápidamente.

—¿Los duendes otra vez? — inquirió.

—Pues no hay duda, replicó el sacristán; se ven claramente las huellas en el piso.

El cura las siguió, de un lado para otro, y después de mucho cavilar, amonestó a su sacristán:

—Mira hombre, esas huellas, no son ni de pie humano ni de duende y se inician en el montón de ceniza que tú esparces, al apagar el incensario, terminando frente al borde inferior del armario que guarda el vino. Ya veremos.

Volvió el racionamiento forzado, y los duendes no aparecieron más, ni para remedio, como solía decir mi difunta abuela...



EL DUENDE SERVICIAL

Esto ocurrió en el distrito de Patarrá. Una familia modesta, tan llena de hijos como de necesidades, habitaba cierta casa desvencijada, pero que la cubría un poco de los fríos y de las lluvias, a más de que no pagaba nada por el alquiler.

Nadie quería ocuparla, porque esa casa perteneció a gente adinerada, que se fue acabando, como se consume una candela sin dejar más que el recuerdo. Un mal recuerdo por cierto: eran gentes que no daban sal para un huevo.

Desde la primera noche que la ocupó esta familia pobre, oyeron ruidos en la cocina; monedas que rodaban por el suelo; pisadas fuertes que parecían llegar hasta el borde mismo del camón, donde se apuñaban todos los miembros de ella, para calentarse uno con otro, ya que carecían de cobijas.

—¡Hum!, aquí tienen su dormida los zorros, dijo el padre, después de encender el cabo de candela de sebo y cerciorarse de que no había nada anormal.

—No hombre, replicó la madre, más bien deben ser las comadrejas que andan en busca de una mazorca de maíz o de un pollito. Pero como nosotros no tenemos ni una ni otra cosa, se quedarán con la gana de hacer una buena cena.

Juan, el mayorcito de los hijos, que solía reunirse en la cocina de los peones de la finca cercana, donde trabajaba, con el objeto de oírles sus cuentos de aparecidos, opinó de último, medio nervioso:

—Para mí, aquí espantan... Yo oí decir que hay una botija, y la prueba es que los carreteros que mañanean, dicen haber visto una luz que sale de la cocina y se pasea por el corredor... Por eso se fue ñor Juan, el mayordomo de la ermita, porque sus hijos no podían pegar los ojos en la noche entera: un

ruido aquí, una luz allá; platos que rodaban, bueno, dicen que era cosa de volverse loco.

—Pero, entonces, ¿qué puede ser?, inquirió la madre, mujer capaz de hablarle a un muerto,

—Mamá, para mí, aquí tienen posada los duendes, — dijo el chico.

—Mirá, no seas cuentero. El Padre dice que no hay que creer en brujas, duendes ni aparecidos. Esa es cosa mala.

—Pues yo pienso que lo mejor es cambiarnos de choza, y debemos escoger el día y la hora, para dejar perdidos a los duendes. Si se enteran, nos siguen.

No se habló más, pero los espantos siguieron noche a noche, hasta obligar a la familia a buscar dónde refugiarse.

Un viernes antes de oscurecer, en una carreta arenera, hacían el traslado, pensando que los duendes todavía estarían durmiendo.

Por fin podrían dormir una noche entera, sin sobresaltos.

Uno de los chicos, que solía hacer aguas menores, varias veces en la noche, porque no andaba bien de los riñones, exclamó:

—Dejamos el bacín...

No había terminado de repasar las caras de los presentes, como interrogándolos, cuando una vocecita muy dulce, decía:

—Aquí lo tiene..., y se oyó el ruido de un trasto de madera que golpeaba contra el suelo.

El padre, entonces, se adelantó a exclamar:

—Otra vez los duendes, pero a este hay que perdonarlo, porque se muestra muy servicial...



GLOSARIO

- AGILAR**, v. Caminar.
- AGUA FLORIDA**. El agua de Florida es, entre las aguas de tocador, muy común. Tuvo origen en los Estados Unidos.
- ALMADIADO**, adj. Ebrio, borracho.
- ALLÁ PARA EL CÓLERA**, fr. Para referirse en tiempos acaecidos durante la Campaña Nacional de 1856—1857.
- ANGELITO**, m. Niño muerto.
- ANONO**, m. (*Anona reticulata*). Arbolito anonáceo de fruto grande, carnoso, aromático y agradable al paladar.
- APAZOTE**, m. (Nahuatl: **apazotl**). Hierba quenopodiácea, aromática, de tallo ramoso, hojas lanceoladas, flores aglomeradas en racimos laxos y sencillos y semillas de margen obtuso; sus hojas y flores se toman en infusión a manera de té. Suele usarse para condimentar frijoles. (***Chenopodium ambrosioides***).
- AROMO**, m. Arbol leguminoso, especie de acacia, de flores amarillas, esféricas, de olor muy agradable. (***Acacia farnesiana***).
- ARRACACHE**, m. Planta umbelífera de América Meridional, de raíz carnosa, fusiforme y comestible.
- ATILINTAR**, v. Atesar una cuerda, ponerla tensa o **tilinte**. (**Tilinqui** es en nahuatl firme, tenso y viene de **tilinia**, estirar, extender).
- BANDA**, f. Antes usaban nuestros campesinos una banda en vez de faja, generalmente adornada con barbas. La banda de redecilla hecha con hilos de seda o de algodón, generalmente de color rojo.
- BARBUDO**, m. Pececillo de río, negruzco, sin escamas y provisto de los apéndices a los que debe su nombre. (Ver "La pesca de barbudos", por Joaquín García Monge. En **La Prensa Libre**, San José, Costa Rica, Año XI, N° 2949, p. 2. Jueves 6 de julio de 1899). (***Rhamdia rogersi*** (**Regan**)).



- BELLÍSIMA**, f. Planta trepadora, de la familia de las poligonáceas, muy estimada en toda la América Central por sus florecillas rosadas que forman en los jardines vistosos emparrados. (*Antigonum guatemalense*).
- BOTIJA**, f., Tinaja de barro utilizada para guardar dinero. Generalmente la enterraban o empotraban en las paredes. En nuestro pueblo **botija** es sinónimo de tesoro. Los supersticiosos le confieren poderes mágicos, como trasladarse de un sitio a otro.
- BREVA**, f. Tableta cuadrilonga de tabaco preparado con miel y prensado para usarlo como masticatorio.
- CABUYA**, f. Cuerda, especialmente la de **pita** o agave.
- CACHA**, f. Mango o empuñadura del cuchillo.
- CACHIFLÍN**, m. Cohete sin varilla que en los fuegos artificiales corre caracoleando entre los pies de los espectadores. Buscapiés.
- CAJUELA**, f. Medida de capacidad equivalente, para el café en fruta, a dos decalitros. Se divide en cuatro cuartillos. Para ciertos granos se usa la antigua cajuela equivalente a 16.66 litros.
- CALLE RONDA**, f. En las Leyes de Indias las calles rondas se prescribían en los alrededores de los pueblos para el tránsito de ganado, especialmente.
- CANFÍN**, m. Derivado del petróleo. (Del inglés camphine).
- CANFINERA**, f. Lámpara cuyo combustible es el **canfín** o petróleo.
- CARRACA**, f. Instrumento que produce un ruido desagradable; hecho de mandíbula o quijada de ganado.
- CARREÑO**, m. Nombre con que se conocía un manual de urbanidad.
- CARTILLA**, f. Librito que contiene los primeros rudimentos para aprender a leer.
- CERCO**, m. Huerto, prado u otro sitio circundado de valla, tapia, etc.; propiedad rústica pequeña; trascorral, traspatio.
- CILAMPA**, f. (Gagini: la voz quechua **tzirapa**, llovizna). Llovizna, mata polvo, garúa, pelo de gato. Gotear muy fino que apenas rocía la tierra.
- CINCO**, m. Moneda de cinco céntimos de colón.
- COGIDAS**, f. Recolección del café, casi siempre en los meses de noviembre y diciembre. Es una de las costumbres costarricenses que más aparece en la literatura, pues hay sobrada razón porque en

esta labor se ocupan hombres, mujeres y niños, y parece una fiesta del trabajo. (Para unas **cogidas** de café en Desamparados, ver el capítulo XI de la novela **Hijas del campo**, por Joaquín García Monge).

CONCHO, adj. y s. Campesino. Hipocorístico de Concepción, nombre antiguamente muy corriente entre el pueblo. Aquileo J. Echeverría tituló sus romances campesinos **Concherías**.

CORDONAZO DE SAN FRANCISCO, fr. Término de marinería utilizado en las tierras altas centrales para expresar el temporal, acompañado de truenos o rayerías que suele experimentarse a principios de octubre.

COYOL, m. (Nahuatl, **coyolli**, cascabel, por la forma del fruto). Palmera de mediana altura, de cuyo tronco se extrae una bebida agradable que fermenta rápidamente. Produce en grandes racimos una fruta de pulpa amarillenta y cuesco duro y negro, del que se hacen dijes, botones, cuentas de rosario, etc. (**Acrocomia selerocarpa vinifera**).

CREYENCERO, m. Forma arcaica de creyente. Supersticioso.

CUIJEN, s. y adj. (Voz azteca **cuixin**, gavilán). Por tener esta ave color ceniciento salpicado con pintitas blancas y negras, se aplica como adjetivo a las aves. También se le dice **cuijen** al diablo.

CULANTRO DE COYOTE, m. Planta herbácea bisanual, de hojas largas y aserradas con dientecillos punzantes y flores blanquecinas. Se usa como condimento y se denomina así porque es silvestre y para diferenciarlo del culantro de Castilla. (**Eryngium foetidum**).

CUTACHA, f. Cuchillo largo, **realera**. Es corrupción del inglés **cutlass**, machete.

CUYEO, m. Nombre onomatopéyico de una de las especies de chotacabras (caprimúlgidos) del país. (**Nyctidromus albicollis albicollis**).

CHARRAMASCA, f. Chamarasca, borusca, leña menuda de ramillas y hojas secas.

CHAYOTE, m. (Del nahuatl, **chayotli**). Cucurbitácea cuyos frutos y raíces forman parte integrante de la alimentación de nuestro pueblo. (**Sechium edulis**).

CHICASQUIL, m. Arbusto de hojas recortadas y grandes, flores blancas y tallo leñoso. Sus renuevos son comestibles. (La palabra parece compuesta de las voces aztecas **tzicatli**, hormiga y **quiltili**, quelite, brote, renuevo).

- CHICHA**, f. Bebida alcohólica que se obtiene por la fermentación del maíz en agua azucarada.
- CHICHOTA**, f. Bulto que se hace en la cabeza de resultas de un golpe.
- CHINA**, f. Niñera, criada que cuida de los niños.
- CHIRCAGRE**, m. Cigarro puro, criollo y de mala calidad, de excesiva potencia.
- CHIRRACA**, f. Resina, incienso. Nombre de una resina extraída del *Myroxilon Pereirae*, que se usaba con el copal para sahumar la ropa.
- CHISPA**, adj. Ponerse **chispa**, significa embriagarse ligeramente.
- CHÚCARA**, adj. Arisca, bravía, aplicado a las bestias. (Malaret: del quichua, **chucru**, duro).
- CHUCUYO**, m. (Del azteca **chocani**, llorar). Especie de cotorra pequeña, mayor que el perico, de color verdoso ceniciento. Los **chucuyos** caen en bandadas sobre las milpas, donde causan considerables daños, y lanzan gritos chillones. (*Pionia senilis*).
- CHUNCHE**, m. Enseres de uso corriente.
- DETALLE DE EDUCACIÓN**. fr. Contribución obligatoria que se debía pagar anualmente por la educación que recibían los niños.
- DIARIO**, m. El **diario** son los artículos que se compran para la comida de una semana y no para un día, pues los campesinos reciben el sueldo los sábados, y es cuando van al mercado a comprar el comestible de la semana.
- EMBUSTE**, m. Bocado criollo, para servir en fiestas familiares.
- ENCAMOTADO**. Enamorado, encariñado con cierta intimidad.
- ENGOMADO**, adj. Estado fisiológico de la persona que ha tomado licor el día anterior.
- ESCOBILLA**, f. Mala hierba de tallo subleñoso que crece en los repastos y cultivos. En la medicina campestre se usa la raíz en infusión para combatir la diarrea infantil.
- ESTORRENTAR**, v. Ahuyentar, poner en fuga, alejar.
- FANDANGO**, m. Fiesta en que se solían bailar ciertos bailes antiguos, que solían interrumpirse para contestar coplas alusivas. (Ver el capítulo VI de la novelita **El Moto**, por Joaquín García Monge).
- FONDO**, m. Lugar a donde se llevan los animales que andan sueltos por las calles o sementeras. Éstos son rematados en pública subasta

si no aparecen los dueños. El producto pertenece al fondo o tesoro municipal para ser destinado a la educación.

GALLO, m. Porción de comida envuelta en una tortilla, y por extensión cualquier poco de comida.

GAMONAL, m. Cacique, magnate, persona influyente del campo.

GUACO, m. Ave de la familia de las falcónidas. Tiene el cuerpo negro por encima, y por debajo sólo hasta la mitad del pecho; el vientre, incluyendo las cobujas subcaudales, es blanco. Su grito parece decir **guaco**, de ahí su nombre. (Malaret, indica que en quechua huacu es **colmillo** y que en Argentina, Bolivia y Ecuador, significa leporino). (*Bycter americanus*).

GUARAPO, m. Jugo de la caña dulce exprimida. Bebida fermentada, hecha con este jugo.

GUARIA, f. Orquídea morada que ha llegado a considerarse la flor nacional. Crece silvestre en algunas partes de las tierras altas centrales y en la vertiente del Pacífico. Se trasplanta a menudo de lo alto de los árboles, en donde está posada, a los jardines y a los tejados de las viviendas del campo. (*Cattleya Skinneri*).

GÜESO, m. Empleo público.

GÜIPIPIÁ, interj. Es el grito característico de nuestros campesinos para expresar alegría, entusiasmo.

HERMANITICO, adj. Diminutivo característico de la afición que el costarricense siente por el sufijo **ico**. Por ello, se le llama a los naturales de Costa Rica, **ticos**.

HIGUERÓN, m. Nombre común a todos los **ficus** indígenas de hojas pequeñas. Son por lo general árboles hermosos, de copa característica, tronco bajo y raíces superficiales. Formaron un elemento favorito en el adorno de los jardines públicos.

IZTEPEQUE. Tabaco de origen salvadoreño.

JICOTE, m. (Del nahuatl, **xicotl**, abeja). Panal que en lo hueco de los árboles fabrican ciertas abejas negras y sin aguijón. En los corredores de las casas rústicas se ven a menudo troncos suspendidos, son los **jicotes**, que anualmente proporcionan abundante cosecha de miel y de cera. También suele llamarse **jicote** a la abeja.

JÍCARA. f. Vasija pequeña hecha con la corteza del fruto del **jícara** (*Crescentia cujete*). De forma oval, antiguamente muy utilizada para servir chocolate, de ahí la expresión **jícara chocolatera**.

- JOCOTE**, m. Nombre de un árbol y de su fruta. Es común en los cercados o potreros del Valle Central. Su leña no es de buena calidad. (Agüero: del nahuatl **xocotl**, que significa lo mismo; tiene la raíz **xoco**, agrio, ácido, porque la fruta, cuando verde es ácida). (**Spondias purpurea**).
- LANA**, f. Musgo de los árboles silvestres, con el cual se arreglan los nacimientos o **portales** de Nochebuena.
- LISTAS**, f. Antiguamente se exhibían en las plazas públicas las listas de quienes deberían presentarse a los entrenamientos militares, dominicales, que obligatoriamente se hacían para formar milicianos. (Ver **Hijas del Campo**, por Joaquín García Monge, una novela en contra del éxodo que los campesinos hacían por el servicio militar).
- MAGNÍFICA**, LA. Oración popular con cierto sentido supersticioso.
- MANO**. Aféresis de hermano; con los nombres de bautismo en el trato se usa como equivalente de señor o amigo; también significa aparecido, espectro de un difunto.
- MANTEADO**, m. Pieza de manta o de lona de unos 3 x 4 metros que se extiende bajo los cafetos al hacer la recolección para que en ella caiga el fruto. Se maneja generalmente por un par de trabajadores. Se da también este nombre a los toldos de lona que resguardan las carretas.
- MEDIDAS**, f. Cintas de color, bendecidas por el sacerdote, que se amarraban al cuello como prevención contra enfermedades.
- MEDIO PUESTO AL CAMINO**, fr. Peyorativamente, tonto.
- MISA DEL GALLO**, fr. Ceremonia religiosa efectuada el 24 de diciembre a las doce de la noche.
- MISTELA**, f. Bebida compuesta de aguardiente, agua, azúcar y algo de canela.
- MOZOTILLO**, m. Pequeño pájaro cuyo canto de tono bajo y rico en modulaciones, es muy apreciado. El plumaje es de color pardo claro en la región superior y amarillo en el pecho y el abdomen; las alas y la cola presentan un color café con los bordes blancos. Se domestica fácilmente y debe su nombre a la costumbre de alimentarse con las semillas del **mozote**. (Gagini: del nahuatl, **mozotle**, de **motzotloa**, asirse con fuerza). (**Spinus psaltria psaltria**).

NAVIDADES, f. Lloviznas que suelen caer antes de Navidad, de frío muy penetrante.

NIÑA, f. Tratamiento afectuoso que se le da a la señora sin distinción de estado. Trato que se da a las maestras de escuela.

NOVENA, f. Novenario; misas y rosarios anteriores a la fiesta patronal.

// Libro en que se indican las diarias reflexiones dedicadas a un santo.

ÑA. Aféresis de señora.

ÑOR. Aféresis de señor.

ONDE, adv. Forma arcaica de donde.

PANZONCITO. Diminutivo muy familiar para designar a los niños.

PAPALOTE, m. (Nahuatl, **papalotl**, mariposa). Cometa, volantín.

PAPÍN, m. Papilla de maíz con azúcar y algún otro condimento, de consistencia gelatinosa.

PARAL, m. Adral, cada una de las varillas laterales de la carreta para que no se caiga la carga.

PARÁSITA, f. El pueblo acostumbra llamar **parásitas** a las bromeliáceas, por creer que son plantas parásitas cuando en realidad son epífitas.

PASTORAS, f. Planta de vistosas flores por sus colores vivos, rojo y amarillo. La leche que mana de toda la planta se usa a veces para cauterizar las picadas de insectos ponzoñosos. (*Euphorbia pulcherrima* Willd.).

PASADOS, m. Plátanos secados al sol y conservados en miel. Es un plato típico de la provincia de Puntarenas.

PELAR LA PAVA, fr. Coquetear.

PELOTA. Significa en el habla coloquial, tener dinero, poseer capital.

PILAR EL CAFÉ. Elaboración doméstica del café hasta dejarlo preparado para el tostado. (Pilón: mortero grande de madera cuyo borde llega a la cintura de un hombre y que sirve para pilar café, maíz, arroz, etc.).

PIÑUELA, f. Planta bromeliácea que se emplea para cercas. El fruto es muy ácido y sirve para hacer **chicha**. La inflorescencia es legumbre apetitosa. (*Bromelia pinguin*).

PORÓ, m. Árbol leguminoso del que hay varias especies: la más común en Costa Rica es la *Erythrina Berteroeana*, cuyas flores tienen forma de tocchillitos rojos. Sus vainas secas contienen unas semillas

parecidas al frijol rojo llamadas **nenos**. La leña de este árbol es liviana y de mala calidad para combustible.

PORTAL, m. Nacimiento o Belén. Los **portales** se ponen el día de la Navidad y se quitan el de los Reyes, anunciando ambas operaciones con sendos cohetes. Se van a ver generalmente de noche y los dueños de casa acostumbran obsequiar a los visitantes con un vaso de **chicha**.

PUNTO, m. Baile popular usado en Puntarenas y Guanacaste, e importado de Chiriquí y Panamá.

REALERA, f. Cuchillo angosto y largo, a menudo con gavilanes cortos, que se usa como arma en el campo y por la policía rural.

RECÁMARA, f. Pequeñas bombas explosivas unidas en serie para reventarlas en el momento de la Consagración, durante fiestas solemnes de la Iglesia Católica.

ROMPER LOS NORTES, fr. Vientos alisios, llamados por el pueblo los nortes. Anuncian el final de la época lluviosa.

ROMPOPE, m. Ponche hecho de aguardiente, yemas de huevo, leche, azúcar y canela. La Academia de la Lengua acepta "rompopo".

RUALDO, m. Pajarito muy apreciado por su vistoso plumaje matizado de verde, azul celeste y amarillo. Vive poco cuando se le enjaula.
(Clorophonia callophrys).

RUCO, m. Cabalgadura de mala muerte.

SANJUANILLO, m. Arbol cuya madera es buena.

SABROSERA, f. Cualidad de sabroso.

SAMPARADOS, n. geo. Desamparados, cantón y villa principal del mismo; pertenece a la provincia de San José.

SANTALUCÍAS, f. Mala yerba muy común y cuyas florecillas de color violeta azulado, cubren casi completamente los terrenos. Los campesinos la consideran como indicio de la mala calidad de la tierra.
(Alomia microcarpa).

SERENO, m. Dependiente municipal encargado de velar de noche por la seguridad del vecindario. Antes de generalizarse la energía eléctrica debían los serenos cuidar de que los faroles no se apagasen. Se caracterizaban por dar la hora a grandes voces: "**Sereno, las tres de la mañana . . . Todo en calma**".

SOCOLAR, v. Desmalezar un terreno con una roza ligera para sembrar maíz.

SONDALEZA, f. Cuerda larga y delgada de **cabuya** (agave) que sirve generalmente para atar el ganado o para colgar la ropa lavada. Es término marino adoptado por el habitante de los Valles Altos Centrales durante la Colonia.

SUIDÁ, f. Ciudad.

TABANCO, m. (Del mexic. **tlapantli**, terrado, azotea). Entarimado hecho con vigas o tablas, generalmente sobre el fogón, por lo común al alcance de la mano, para guardar trastos u otros objetos de uso doméstico; almacenar semillas, sal, etc.

TACACO, m. Cucurbitácea cuyo fruto es una de las verduras predilectas del pueblo costarricense. La parte comestible es una pulpa contenida en una bolsa fibrosa dentro de la cual hay una pepita aplastada y amarguísima que se extrae previamente. Hay una variedad que carece de estopa. (Gagini, el nombre parece compuesto de **tlaquauh**, mucho y **quava**, mascar; o de **tlaquave**, duro, endurecido, petrificado). (**Polakouskia tacaco**).

TAMUGA, f. Conjunto de cuatro **tapas de dulce**, que es la miel de la caña endurecida en forma de cono truncado. Se envuelve en hojas secas de caña o de plátano.

TANELA, f. Bizcocho dulce, característico de la provincia de Guanacaste.

TAQUILLA, f. Taberna donde se expende aguardiente.

TEQUIO. (Del nahuatl, **tequitl**, oficio, carga). Molestar. Tequioso: travieso, fogoso, molesto; aplícase principalmente a las muchachas.

TERCIO. Un quintal de sal.

TIEMPOS DEL FUSIL DE CHISPA, fr. Para designar que las cosas sucedieron hace mucho tiempo. Generalmente se refiere a la época de la Campaña Nacional de 1856 - 1857.

TOLEDO, m. Ave guanacasteca, cuyo canto pareciera decir **Toledo**, de ahí su nombre.

TOSTEL, m. Repostería ordinaria que se vende en las panaderías.

TUETE, m. Arbusto que solía servir para cercar los solares. Género **Versonia**. En el Valle Central había dos variedades abundantes: la **Stellaris** y la **Varnicosa**. Sus flores son blancas, ligeramente mati-

zadas de lila, muy perfumadas, especialmente en la noche. Las ramas solían usarse como escobas.

TURNO, m. Feria o tómbola en donde se rifan donativos de todo género —dinero, objetos y hasta ganado—, a fin de recaudar fondos para la construcción o reparación de los templos o para alguna obra de beneficencia. (Ver "Un Turno de Villa", por Joaquín García Monge. En *La Prensa Libre*, San José, Costa Rica. Año XI, N° 2982, p. 2. Domingo 13 de agosto de 1899).

URUCA, f. Arbusto ornamental, de follaje denso y cuyas hojas se conservan sin marchitarse semanas enteras; de flores muy perfumadas; y semillas contenidas en una vaina roja. Común en los cercados o bosquesillos del Valle Central. Sus ramas se usan para decorar las casas y templos durante las festividades, para adorno de las calles en las ovaciones y procesiones, y para techar los cobertizos de los **turnos**. Lo denso de su follaje y de su verdor siempre lozano lo hacen muy propio para estos menesteres. (*Trichilia havanensis*).

VELA, f. Velatorio.

VEINTISIETE DE ABRIL DE 1870. En las dos carretas de guate que entraron en el Cuartel de Artillería el 27 de abril de 1870, la historia de Costa Rica hace gala de una versión nativa del Caballo de Troya. El coronel Tomás Guardia, junto con los veintidós hombres que en ellas iban escondidos, tomó por asalto y sorpresa el Cuartel, hizo luego prisionero al Presidente Jesús Jiménez e impuso el hecho consumado a las provincias. Salvo un breve período de tres meses en que Bruno Carranza ejerció la presidencia provisoria, Tomás Guardia, electo plebiscitariamente, dominó sin interrupción en Costa Rica durante casi doce años. (Arce).

VIRGEN PEREGRINA. El pueblo desamparadeño llama así, cariñosamente, a la vieja imagen pequeña de la Virgen de los Desamparados, por la costumbre que tienen de sacarla a recoger limosna en el mes de abril, para la fiesta patronal el segundo domingo de mayo. (Ver: Ureña Morales, Gabriel. **Presencia del padre Matías Zavaleta en Desamparados**. [San José, Costa Rica: Imp. Las Américas, 1962], pp. 17, 18, 23 y 26).

OBRAS DEL AUTOR

MISCELÁNEA. (San José, Costa Rica, Tip. Lehmann, 1914).

Conferencia dictada a solicitud de la Sociedad de Instrucción y Recreo del Personal Docente de San José, en el salón de actos del Colegio Superior de Señoritas.

LABOR DE PRENSA. (San José, Costa Rica, Tipografía San José, 1914).

Artículos publicados en **La Epoca**, con motivo del debate sobre el contrato Pinto-Greulich.

MI TIERRA NATIVA. (San José, Costa Rica, Imprenta Moderna, 1917).

Historia del cantón de Desamparados.

LA REVOLUCIÓN DEL 22 DE FEBRERO DE 1918. (San José, Costa Rica,

Imp. Falcó y Borrásé, 1919).

DE PUNTARENAS A GOLFO DULCE. CON UN CROQUIS. (San José, Costa

Rica, Imp. San José, 1919).

APUNTES Y DOCUMENTOS REFERENTES A LA CONSTRUCCIÓN DEL MONUMENTO MORA - CAÑAS, EN PUNTARENAS. (San José, Costa Rica,

Imprenta Minerva, 1919).

LA EVOLUCIÓN DEL PERIODISMO EN COSTA RICA. (San José, Costa Rica,

Imprenta Minerva, 1921).

Premiado en el Certamen del Centenario de la Independencia, por la Escuela Normal de Costa Rica.

Reproducido en **Diario de Costa Rica**, 15 de Setiembre de 1921.

INICIACIÓN Y DESARROLLO DE LAS VÍAS DE COMUNICACIÓN Y EMPRESAS DE TRANSPORTE. (San José, Costa Rica, Imprenta Nacional,

1924).

Estudio premiado con medalla de oro en el Concurso Jesús Jiménez, promovido por la Escuela Normal de Costa Rica.

CERTAMEN DEL PATRIOTISMO. (San José, Costa Rica, Imprenta La Tri-

buna, 1924).

COSTA RICA GANADERA, AGRÍCOLA Y COMERCIAL. (San José, Costa Rica, Imp. Alsina de Sauter, Arias y Co., 1931).

AL AMOR Y AL DOLOR CONSAGRADO. (San José, Costa Rica, Imprenta Borrásé Hnos., 1935).

ARMAS Y PABELLÓN DE COSTA RICA. (San José, Costa Rica, Imprenta Universal, 1936).

Edición patrocinada por el Club Rotario de San José.

INTERPRETACIÓN HISTÓRICA DEL MOMENTO MORAZÁNICO. (San José, Costa Rica, Imp. Soley y Valverde, 1942).

Conferencia dictada en la Sociedad de Geografía e Historia de Costa Rica, el 15 de setiembre de 1942.

BRAULIO CARRILLO, REPRESENTATIVO DE SU ÉPOCA. (San José, Costa Rica, Imp. Soley y Valverde, 1945).

Conferencia dictada en la Sociedad de Geografía e Historia de Costa Rica.

LA EVOLUCIÓN DEL PERIODISMO EN COSTA RICA. (San José, Costa Rica, Soley y Valverde, 1946).

Síntesis histórica presentada al Congreso Panamericano de Prensa, celebrado en Bogotá, Colombia, en 1946.

ITINERARIO DE LA NOVELA COSTARRICENSE. (San José, Costa Rica, Imp. Soley y Valverde, 1947).

PROBANZA Y SIGNIFICACIÓN DEL ROCINANTE Y EL RUCIO EN EL DON QUIJOTE DE LA MANCHA. (San José, Costa Rica, Imp. Soley y Valverde, 1948).

DÉCADA; DIEZ ENSAYOS BIOGRÁFICOS. (San José, Costa Rica, Editorial Aurora Social, 1951).

DOS ENSAYOS, UNA CRÓNICA Y UN DOCUMENTO. (San José, Costa Rica, Imp. La Española, 1951).

ATISBOS Y COMENTOS. (San José, Costa Rica, Imp. La Española, 1951).
Selección de la columna publicada con el mismo título en **Diario de Costa Rica**, conmemorando 40 años de labor periodística.

BIBLIOGRAFÍA DE LA CAMPAÑA DE 1856 - 1857. (San José, Costa Rica, Editorial Aurora Social, 1955).

ROCINANTE Y RUCIO; DOS TESIS. (San José, Costa Rica, Imp. Lehmann, 1965).

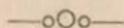
MEMORIA DE LA CONMEMORACIÓN DEL CINCUENTENARIO DEL BANCO NACIONAL DE COSTA RICA. (San José, Costa Rica, Imp. Trejos, 1964).

PRONTUARIO DE LEGISLACIÓN BANCARIA. (San José, Costa Rica, Imprenta Tormo, 1964).

DESAMPARADOS, TIERRA NUTRICIA. (San José, Costa Rica, Imp. Lehmann, 1967).

Edición patrocinada por ADECAS.

DOS CERCAS. (San José, Costa Rica, Editorial ADECAS, 1971).



Durante los años 1948 - 1953 editó la revista **Memoria de la Academia de Geografía e Historia de Costa Rica.** (13 números con artículos personales. Se imprimía en la Imprenta Nacional).

Como miembro de la Comisión Nacional del Cincuentenario de la Guerra de 1856 - 1857, editó siete tomos de divulgación histórica, impresos en la Imprenta Aurora Social Ltda., San José, Costa Rica.

También se publicaron dos voluminosos tomos: **Crónicas y Comentarios.** (San José, Costa Rica, Imp. Universal, 1956) y un tomo de documentos en colaboración con don José Luis Coto Conde (San José, Costa Rica, Imp. Lehmann, 1956).

Otra publicación editada y ampliada; **HISTORIA DEL BANCO NACIONAL DE COSTA RICA. 1914 - 1964,** de Luis Echeverría Jiménez. (San José, Costa Rica, Imp. Tormo, 1964). La primera edición fue poligrafiada y se tituló **APUNTES SOBRE EL BANCO NACIONAL DE COSTA RICA.** (1958).

Con la Editorial ADECAS, dirigió la edición del poemario **ORO Y FUEGO,** de Domingo Monge Rojas. (San José, Costa Rica, ADECAS, 1970). Con esta obra se inauguró la colección "Autores Desamparadeños".



ÍNDICE

Nota Editorial	5
Francisco María Núñez, Cronista de Desamparados	7
Dos Cercas	11

ESCENAS Y COSTUMBRES

Impresiones de la Infancia.....	13
Mi Escuela	18
El Acarreo de la Sal	20
Los Gallos de Pasión	23
La Despedida del Difunto	24
La Patrona Peregrina	27
Las Carreras de San Juan	31
La Fiesta de San Rafael	35
Rompieron los Nortes	37
Noviembre Mes de las Ánimas	39
La Fiesta de la Purísima	44
El Portal Olía a Huerto en Flor	48

PERSONAJES

Los Destellos de la Fragua	57
Silvinia, María Luisa y Ña Micaela	59
Segundo Bombero	61
La Venerable Institución de los Serenos	63

Policías y Faroleros	66
Machetes Contra Espadas	68
La Promesa Incumplida	71
Los Campaneros de mi Pueblo	73
Las Primeras Normalistas	76
Una Maestra: Carmen Flores Valverde	78

LEYENDAS

La Calle del Cura o el Padre sin Cabeza	81
El Hermano de Don Camilo	86
La Carreta sin Bueyes	89
San Miguel... el Dedito	92
Los Duendes y sus Travesuras	94
El Duende Servicial	96
Glosario	99
Obras del Autor	109

EDITORIAL ADECAS

<i>Memoria del Centenario de Desamparados — dirigida por Gabriel Ureña</i>	1964
<i>Desamparados, Tierra Nutricia — de Francisco Ma. Núñez</i>	1967
<i>Con Motivo de un Héroe Desamparadeño — de Adán Rodríguez Monge</i>	1969

COLECCIÓN AUTORES DESAMPARADEÑOS:

1— <i>Oro y Fuego — de Domingo Monge Rojas</i>	1970
2— <i>Dos Cercas — de Francisco Ma. Núñez</i>	1971
3— <i>Cuyeos y Majafierros y Otros Sucesos — de Joaquín García Monge - Ed. de Luis Ferrero</i>	(en prensa)

EN PREPARACIÓN:

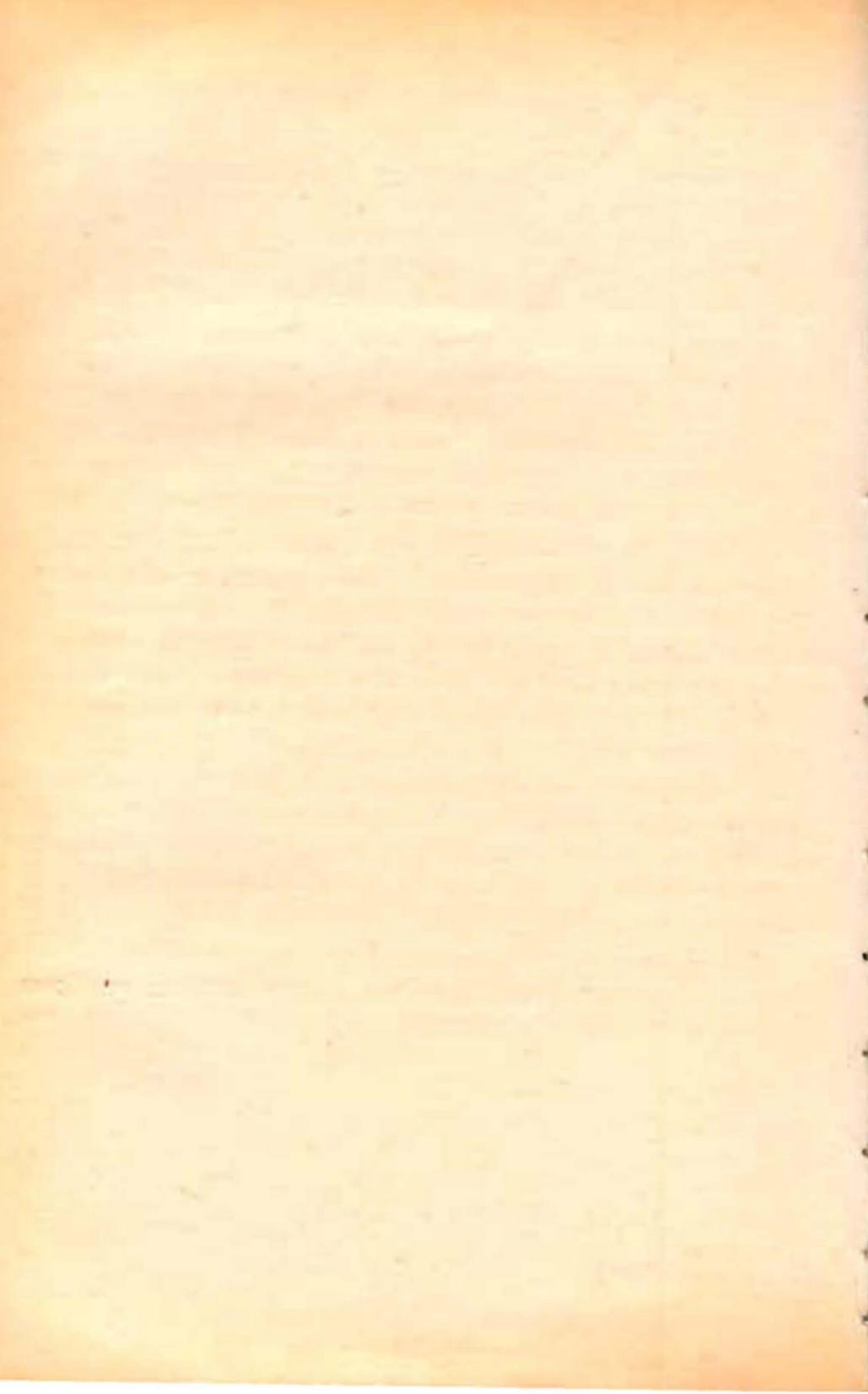
Abraham Madrigal, Periodista y Político.

Máximo Fernández Alvarado, Líder Popular.

Celso Gamboa Garbanzo, Educador y Latinista.

Elías Castro Ureña, Poeta y Jurista.

Cuentos de Carlos Mora Barrantes.



**JUNTA DIRECTIVA DE LA ASOCIACIÓN
DESAMPARADEÑA DE CULTURA
Y ASISTENCIA SOCIAL**

— A D E C A S —

(1970 - 1971)

PROF. GABRIEL UREÑA MORALES — *Presidente*

ING. JESÚS JIMÉNEZ JIMÉNEZ — *Vicepresidente*

PROF. CARMEN MORA DE PONCE — *Secretaria*

DON EDGAR GARITA NARANJO — *Tesorero*

PROF. BOLÍVAR UREÑA MORA — *Fiscal*

DON FRANCISCO MARÍA NÚÑEZ MONGE — *Vocal*

DON JUAN JOSÉ ABARCA GARBANZO — *Vocal*

DON RAFAEL A. ARCE RUBÍ — *Vocal.*